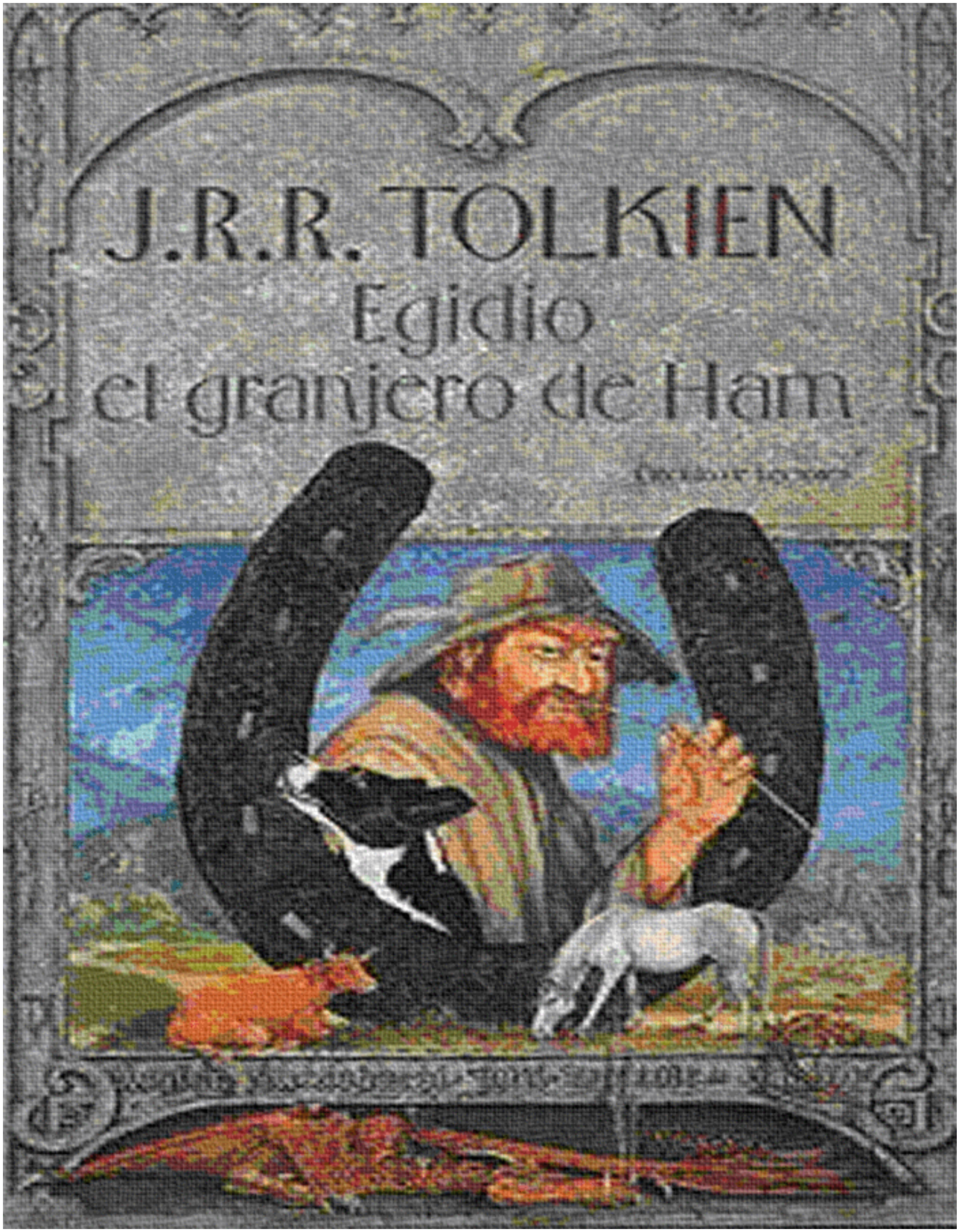
Egidio, El granjero de Ham

J. R. R. TOLKIEN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com



Librodot

J.J.R. TOLKIEN

Egidio
El Granjero de Ham

Aegidii ahenobarbi agricole de hammo
Domini de domito
Vule draconarie comitis
Regni minimi regis et basilei
Mira facinora et mirabilis exortus

O en la lengua vernácula

El Ascenso y las Maravillosas Aventuras
del Granjero Egidio, Señor de Tame,
Conde del Palacio del Dragón
y Rey del Pequeño Reino

traducción de César Santoyo
y José M. Santamaría

con ilustraciones de Roger Garland

Prefacio

Pocos testimonios de la historia del Pequeño Reino han sobrevivido; pero el azar nos ha conservado un relato de sus orígenes: una leyenda quizá, más que un relato verídico. Es evidente que se trata de una recopilación tardía, plagada de sucesos extraordinarios, que tiene su origen no en austeros anales sino en romances populares, a los que el autor hace frecuente referencia. Los acontecimientos que recoge pertenecen a un pasado que le resulta distante, pero sí parece, no obstante, haber vivido en las tierras del Pequeño Reino. Sus conocimientos geográficos, y no es su punto fuerte, resultan acertados cuando se refieren a este país, mientras que demuestra una ignorancia total de las regiones que quedan fuera de él, tanto al norte como al oeste. La traducción de este curioso relato desde un peculiar latín insular al idioma actual del Reino Unido se podría justificar por su valor como testimonio de un período oscuro de la historia británica, por no mencionar la luz que arroja sobre el origen de algunos topónimos de difícil interpretación. Puede que alguien encuentre atractivos, incluso, al protagonista mismo y sus aventuras.

No se pueden determinar con facilidad, debido a la escasez de evidencias, los límites del Pequeño Reino ni en el espacio ni en el tiempo. Muchos dominios y monarquías han nacido y desaparecido desde que Bruto llegó a Gran Bretaña. La partición que se efectuó bajo Locrin, Camber y Albanac fue sólo la primera de numerosas y sucesivas divisiones. Como narran los historiadores del reino de Arturo, el amor local a la independencia y la ambición de los reyes por extender sus dominios colmaron los años de bruscos cambios entre la paz y la guerra,

entre el regocijo y los infortunios: un tiempo de fronteras inestables, cuando los hombres podían medrar o hundirse de la noche a la mañana, y los juglares disponían de material abundante y de un público atento. Habría que situar los sucesos aquí relatados en algún momento de aquel largo período, posiblemente después de los tiempos del rey Coel, pero antes de Arturo y de la Heptarquía inglesa. Su escenario es el valle del Támesis, con una incursión al noroeste hasta el límite con Gales.

La capital del Pequeño Reino se encontraba, como la actual, en el extremo sudeste, aunque desconozcamos con certeza su perímetro. Parece que nunca se extendió Támesis arriba por el oeste, ni más allá de otmoor hacia el norte; sus límites orientales son imprecisos. Existen indicios de una leyenda incompleta sobre Georgius, hijo de Egidio, y su paje Suovetaurilius (Suet) de que en cierto tiempo se estableció un puesto avanzado contra el Reino medio de Farthingho. Pero tal ubicación no concierne a este relato, que aquí se presenta sin escolios ni alteraciones, aunque hayamos reducido el presuntuoso título original a términos más modestos: Egidio, e1granjero de Ham.



AEgidius de Hammo era un hombre que vivía en la región central de la isla de Bretaña. Su nombre completo era AEgidius Ahenobarbus Julius Agricola de Hammo; porque la gente ostentaba pomposos nombres en aquellos tiempos ahora tan lejanos, cuando esta isla estaba aún, por fortuna, dividida en numerosos reinos. Había entonces más sosiego y menos habitantes, así que la mayoría eran personajes distinguidos. Aquellos tiempos, sin embargo, han pasado, y de ahora en adelante citaré al protagonista por la forma abreviada y popular de su nombre: era el granjero Egidio de Ham, y tenía la barba pelirroja. Ham no era más que un pueblo, pero en aquellos días los pueblos eran orgullosos e independientes.

Egidio el granjero tenía un perro. El nombre del perro era Garm. Los perros tenían que conformarse con nombres cortos en lengua vernácula; el latín culto quedaba reservado para sus dueños. Garm no sabía hablar ni siquiera el latín macarrónico; pero como la mayoría de los perros de su tiempo, podía usar la lengua popular tanto para amenazar como para fanfarronear o adular. Las amenazas quedaban reservadas para los mendigos y los intrusos, la fanfarronería para otros perros, y la adulación para su dueño. Garm sentía al mismo tiempo orgullo y temor ante Egidio, que sabía amenazar y fanfarronear mejor que él.

Aquélla no era época de prisas ni ajetreos. El ajetreo tiene poco que ver con los negocios. La gente hacía su labor sin apresurarse y encontraba tiempo tanto para hacer un montón de trabajo como para charlar largo y tendido. Se conversaba mucho, porque con frecuencia se producían sucesos memorables. Pero en el momento en que comienza nuestra historia hacía bastante tiempo en realidad que nada digno de mención había sucedido en Ham, cosa que a Egidio el granjero le venía que ni pintada: era un tipo bastante cachazudo, y preocupado sólo de sus propios asuntos. Tenía bastante, decía, con mantener al lobo lejos de la puerta, es decir, mantenerse tan rollizo y cómodo como su padre lo había estado. El perro se desvivía por ayudarle. Ninguno de los dos prestaba mucha atención al Ancho Mundo de más allá de sus tierras, del pueblo y del mercado más cercano.

Pero el Ancho Mundo estaba allí. El bosque no quedaba muy lejos, y en la distancia, al oeste y al norte, estaban las Colinas Salvajes y las inquietantes comarcas de la montaña. Y, entre otras cosas, aún había gigantes sueltos: gente ruda y sin civilizar, que en ocasiones causaba problemas. Había uno en particular más grande y estúpido que el resto de sus congéneres. No hallo mención de su nombre en las crónicas, pero tampoco importa. Era enorme; su bastón era como un árbol, y su andar, pesado. Apartaba los olmos a su paso como si fuesen hierbas secas; era la ruina de los caminos y la plaga de los huertos, pues sus inmensos pies hacían en ellos unos hoyos tan profundos como pozos; si tropezaba con una casa, terminaba con ella. Y causaba estos daños por dondequiera que iba, ya que su cabeza

quedaba muy por encima de los tejados y dejaba que sus pies se cuidasen de sí mismos. Era corto de vista y un poco sordo. Por fortuna, vivía bastante lejos, en el desierto, y rara vez visitaba las tierras que los hombres habitaban; al menos no lo hacía adrede. Tenía una gran casa medio arruinada en lo alto de un monte, y contaba con pocos amigos debido a su sordera y estupidez, y a la escasez de gigantes. Solía pasearse solo por las Colinas Salvajes y las desiertas estribaciones de las montañas.

Un hermoso día de verano salió este gigante a dar un paseo y comenzó a vagar sin rumbo, causando grandes destrozos en los bosques. De pronto se percató de que el sol se estaba poniendo y sintió próxima la hora de la cena; pero descubrió que se encontraba en una parte del país que no conocía en absoluto, y que se había perdido. Se equivocó al tratar de adivinar la dirección correcta, y estuvo caminando hasta que se hizo noche cerrada. Entonces se sentó y esperó a que saliera la luna. A su luz siguió andando y andando, poniendo todo su empeño en cada zancada, porque estaba ansioso por volver a casa. Había dejado a la lumbre su mejor olla de cobre y temía que se pudiese quemar el hondón. Pero daba la espalda a las montañas y se encontraba ya en tierras habitadas por hombres. En realidad se estaba acercando a la granja de Agidius Ahenobarbus Julius Agrícola y al pueblecito llamado Ham en lengua vulgar.



Era una hermosa noche. Las vacas se encontraban en los campos, y el perro del granjero Egidio había salido y vagaba a su antojo. Sentía una cierta inclinación por la luna y los conejos. No se imaginaba, por supuesto, que un gigante andaba también de paseo. Esto le habría ofrecido una buena excusa para salir sin permiso, pero también una razón aún mejor para quedarse quieto en la cocina. Hacia las dos el gigante llegó a los campos de Egidio, rompió las cercas, pisoteó las cosechas y aplastó la hierba lista ya para la siega. En cinco minutos causó más destrozos que la cacería real de zorros en cinco días. Garm oyó un estruendo que se aproximaba a lo largo de la orilla del río y corrió hacia el oeste del altozano sobre el que se asentaba la granja, sólo para saber qué ocurría. De pronto vio al gigante, que cruzaba el río a grandes zancadas y aplastaba a Galatea, la vaca favorita del granjero, dejando al pobre animal tan chato como su amo podría haber dejado a un escarabajo.

Aquello era más que suficiente para Garm. Dio un aullido de miedo y echó a correr hacia la casa como un rayo. Olvidándose por completo de que había salido sin permiso, llegó y comenzó a ladrar y a quejarse lastimeramente bajo la ventana del dormitorio de su dueño. Durante un buen rato no hubo respuesta. Egidio el granjero no se despertaba con facilidad.



«¡Socorro, socorro, socorro!», gritaba Garm. De pronto se abrió la ventana y salió volando una botella bien dirigida.

«¡Eh!», dijo el perro, saltando a un lado con la habilidad que da la práctica. «¡Socorro, socorro, socorro!» El granjero se asomó. «¡Maldito seas! ¿Qué te pasa?» «Nada», dijo el perro.

«Nada es lo que yo voy a darte a ti. Te voy a arrancar la piel a tiras por la mañana», contestó el granjero cerrando de un golpe la ventana. «¡Socorro, socorro, socorro!», gritó el perro. Egidio asomó de nuevo. «¡Te mataré si vuelves a hacer ruido!», dijo. «¿Qué te pasa, so idiota?» «Nada», dijo el perro. «Pero algo te va a pasar a ti.» «¿Qué significa eso?», dijo Egidio, sorprendido en medio de su ira. Garm nunca se le había insolentado.

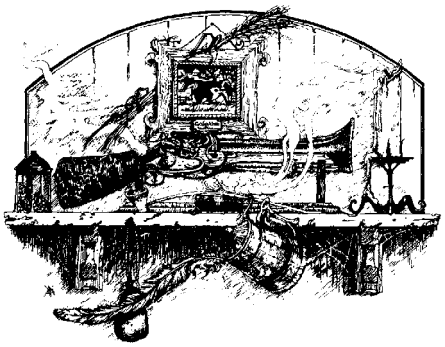
«Tienes un gigante en tus tierras, un gigante enorme; y viene hacia aquí», dijo el perro. «¡Socorro, socorro! Está aplastando las ovejas, ha pisado a la pobre Galatea y la ha dejado chata como una estera. ¡socorro, socorro! Está echando abajo las cercas y destrozando las cosechas. Tienes que ser audaz y rápido, amo, o pronto no te quedará nada. ¡Socorro!», volvió a aullar Garm.

«¡Calla la boca!», gritó el granjero; y cerró la ventana. «¡Dios misericordioso!», murmuró para sus adentros; y aunque la noche estaba calurosa, sintió un escalofrío y se estremeció.

«Vuelve a la cama y no seas estúpido», dijo su mujer. «Y ahoga a ese perro por la mañana. No me digas que vas a creer a un perro; ponen cualquier excusa cuando se les pilla sueltos o robando.»

«Puede que sí, puede que no, Agueda», dijo Egidio. «Pero algo ocurre en mis tierras, o Garm es un cobarde. Ese perro está aterrado. Y, ¿por qué razón tendría que venir a quejarse de noche cuando por la mañana podría haberse colado con la leche por la puerta trasera?» «No te quedes ahí discutiendo», dijo ella. «Si crees al perro, sigue su consejo: sé audaz y rápido.» «¡Del dicho al hecho hay mucho trecho!», contestó Egidio; porque en verdad él creía buena parte de la historia de Garm. De madrugada los gigantes no parecen tan inverosímiles.

Aun así la hacienda es la hacienda; y Egidio el granjero trataba de tal forma a los intrusos que pocos se atrevían a hacerle frente. De modo que se puso los calzones, bajó a la cocina y descolgó el trabuco de la pared. Alguien podría preguntarse, y con razón, qué es un trabuco. Ciertamente, esta misma pregunta les fue hecha a los Cuatro Sabios de Oxenford, que después de pensárselo contestaron: «Un trabuco es un arma de fuego, corta, de gran calibre, que dispara numerosos proyectiles o postas, y que puede resultar mortal dentro de un alcance limitado, aunque no se haga un blanco perfecto. Hoy desplazado en países civilizados por otras armas de fuego».



El trabuco de Egidio el granjero tenía una boca ancha que se abría como un cuerno, y no disparaba proyectiles o postas sino cualquier cosa con que su dueño pudiera cargarlo. Y a nadie había matado, porque muy raramente lo cargaba, y nunca lo había disparado. Para los propósitos de Egidio, bastaba por lo general que lo mostrase. Y el país no estaba civilizado aún, pues el trabuco no había sido desplazado; se trataba, en realidad, del único tipo de arma de fuego que había, y aun así era poco frecuente. La gente prefería los arcos y las flechas, y usaba la pólvora casi exclusivamente para los fuegos artificiales.



Bueno, pues Egidio el granjero descolgó el trabuco y le metió una buena carga de pólvora, por si fuese necesario recurrir a medidas extremas; introdujo por la ancha boca clavos viejos y trozos de alambre, pedazos de un puchero roto, huesos, piedras y otros desechos. Se calzó luego sus botas altas, se puso el abrigo y salió de casa por el jardín trasero. La luna estaba baja, a sus espaldas, y no pudo ver nada más amenazador que las oscuras sombras de los matorrales y de los árboles; sí pudo oír, sin embargo, un retumbo terrorífico de zancadas que se acercaban por el otro lado del altozano. Egidio no se sintió ni audaz ni rápido, dijese Águeda lo que quisiese; pero estaba más preocupado por sus bienes que por su piel. Así que con la sensación de que el cinto le quedaba un poco flojo se dirigió hacia lo alto de la colina. De repente, justo sobre el borde de la cima, se recortó el rostro del gigante, pálido a la luz de la luna, que se reflejaba en sus enormes ojos redondos. Sus pies se encontraban aún bastante más abajo, horadando los campos. La luna deslumbraba al gigante, que no vio al granjero. Pero Egidio sí lo vio a él, y recibió un susto de muerte. Sin darse cuenta apretó el gatillo, y el trabuco se disparó con una detonación ensordecedora. Apuntaba por casualidad más o menos a la horrible carota del gigante. Volando salieron los desechos, las piedras y huesos, los pedazos de la olla y alambres, y hasta media docena de clavos. Y como la distancia era en realidad corta, más por azar que por intención del granjero muchos de estos objetos alcanzaron al gigante: un pedazo de la olla se le incrustó en un ojo y un enorme clavo se le hincó en la nariz. «¡Maldición!», dijo el gigante con su grosera forma de hablar. «¡me han picado!» El ruido no le había causado ninguna impresión (era bastante sordo), pero el clavo no le agradó. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que se había encontrado con un insecto lo suficientemente violento como para atravesar su gruesa piel; pero había oído contar que lejos, en los pantanos del este, había

libélulas cuyas picaduras eran como las de unas tenazas al rojo. Supuso que se había topado con algo por el estilo.

«¡Parajes asquerosos e insanos, está claro!», dijo.

«No es camino para esta noche.»

Así que recogió de la ladera un par de ovejas para prepararse la comida cuando llegase a casa y cruzó de nuevo el río, poniendo a toda prisa rumbo al nordeste. Por fin encontró el camino de casa, pues ahora sí había tomado la dirección oportuna; pero el hondón de la olla de cobre estaba completamente quemado.

Por lo que se refiere a Egidio el granjero, cuando el trabuco se disparó el retroceso lo derribó de espaldas; y allí se quedó mirando las estrellas y preguntándose si los pies del gigante lo alcanzarían cuando pasase a su lado. Pero no ocurrió nada, y el ruido de las pisadas se perdió en la distancia. De modo que se levantó, se frotó el hombro y recogió el trabuco. Fue entonces cuando oyó las aclamaciones de la gente. La mayor parte de los habitantes de Ham habían estado atisbando desde sus ventanas; algunos se habían vestido y habían salido a la calle (después de que el gigante se hubo marchado). Unos cuantos subían ahora a la colina gritando.



Los aldeanos habían oído el horrible estruendo de los pies del gigante y la mayoría se había metido en seguida bajo las sábanas; algunos incluso bajo la cama. Garm se sentía al mismo tiempo orgulloso y asustado de su amo. Le resultaba espléndido y terrible cuando se enfadaba; y, claro, suponía que cualquier gigante pensaría lo mismo. De forma que cuando vio a Egidio salir armado con el trabuco (indicio por lo general de una enorme ira), se precipitó hacia el pueblo ladrando y gritando:

«¡Salid, salid, salid! ¡Levantaos, levantaos! ¡Acudid a ver a mi poderoso amo, su valentía y decisión! ¡Va a disparar a un gigante intruso! ¡Salid!» La cima del altozano resultaba visible desde la mayoría de las casas. Cuando la gente y el perro vieron que la faz del gigante asomaba por encima, quedaron sobrecogidos y contuvieron el aliento, y todos menos Garm pensaron que el asunto era demasiado grave para que Egidio pudiera salir airoso. Fue en ese momento cuando se disparó el trabuco, y el gigante dio media vuelta a toda prisa y desapareció, y sorprendidos y alegres todos aplaudieron y vitorearon, y Garm casi se quedó ronco de tanto ladrar. «¡Hurra!», gritaban. «¡Así aprenderá! Maese ¿Egidius le ha dado su merecido. Se marcha a casa ahora herido de muerte, como es justo.» Y todos juntos volvieron a vitorearlo. Pero incluso mientras gritaban tomaron buena nota, por la cuenta que les tenía, de que después de todo aquel trabuco podía disparar. En las tabernas del pueblo había habido algunas discusiones sobre este punto, pero ahora la cuestión quedaba zanjada. Egidio el granjero tuvo pocos problemas con los intrusos después de aquello.

Cuando todo pareció estar en calma, algunos de los vecinos más resueltos subieron a estrecharle la mano. Unos pocos (el párroco, el herrero, el molinero y otras dos o tres personas de bien) le dieron palmaditas en la espalda. Aquello no le gustó mucho (la tenía muy dolorida), pero se creyó obligado a invitarlos a su casa. En la cocina se sentaron en corro y brindaron a su salud, alabándolo a voces. No hizo ningún esfuerzo por ocultar sus bostezos,

pero no se dieron por enterados mientras duró la bebida. Terminada la primera o segunda ronda (y el granjero la segunda o tercera), comenzó a sentirse un valiente; cuando todos llevaban consumida la segunda o tercera (él iba ya por la quinta o sexta), se sintió ya tan valiente como su perro le creía. Se despidieron como buenos amigos; y les palmeó las espaldas con entusiasmo. Tenía las manos grandes, rojas y gruesas; así que se tomó cumplida venganza.

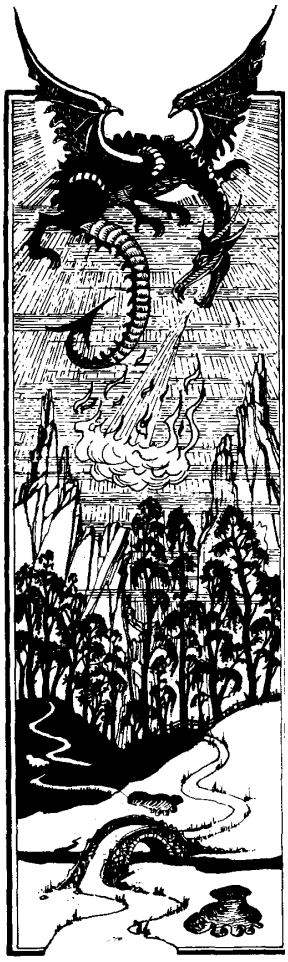
Al día siguiente se dio cuenta de que el suceso se había acrecentado al correr de boca en boca, y que él se había convertido en un personaje importante en la localidad. Mediada la semana siguiente, las nuevas habían alcanzado ya todos los pueblos en un radio de veinte millas. Se había convertido en el héroe de la región. Lo encontró muy halagador. En la siguiente feria bebió gratis lo suficiente para mantener a flote una barca, es decir, que casi colmó su medida, y volvió a casa entonando viejas canciones de guerra.

Finalmente, incluso el rey oyó hablar de él. La capital de aquel país (llamado en aquellos días venturosos el Reino Medio) se encontraba a unas veinte leguas de Ham y en la corte se prestaba poca atención por regla general a las hazañas de los aldeanos en las provincias. Pero la expulsión expeditiva de tan peligroso gigante parecía merecer alguna consideración y una pequeña recompensa. De modo que a su debido tiempo (es decir, unos tres meses después, y en la fiesta de San Miguel), el rey envió una carta espléndida. Iba en tinta roja sobre pergamino blanco, y manifestaba el regio beneplácito a «nuestro leal y bienamado súbdito Aegidius Ahenobarbus Julius Agricola de Hammo».

La carta llevaba por firma un borrón rojo, pero el escribano de la corte había añadido: Ego Augustus Bonifacius Ambrosius Aurelianus Antoninus, Pius et Magnificus, dux rex, tyrannus et Bassileus Mediterranearum Partium subscribo. Así que no había duda de que el documento era auténtico. A Egidio le proporcionó una enorme alegría, y muchos vecinos acudieron a admirarlo, en especial al darse cuenta de que podían obtener un asiento y un trago junto al fuego del granjero cuando le pedían verlo.



Mejor que el documento era el regalo que lo acompañaba. El rey enviaba un cinto y una larga espada. En realidad, el monarca no la había usado nunca. Pertenecía a su familia y había estado colgada en la armería más tiempo del que se pueda recordar. El armero no habría sabido decir cómo llegó allí o qué uso podía dársele. Las espadas sencillas y recias como aquélla ya no estaban de moda en la corte, así que el rey pensó que era el tipo de regalo apropiado para un rústico. Pero el granjero Egidio quedó encantado y su reputación se hizo enorme. Egidio disfrutó mucho con el giro que habían tomado los acontecimientos. También su perro. Nunca recibió el vapuleo prometido. Egidio era un hombre justo para sus luces, y en su interior concedía una buena parte del mérito a Garm, aunque jamás llegara a confesarlo. Siguió lanzándole denuestos y objetos contundentes cuando le venía en gana, pero hacía la vista gorda a muchas de sus pequeñas correrías. A Garm se le había dado por hacer largos paseos. El granjero comenzó a pisar fuerte y la suerte le sonrió. En el otoño y primeros días del invierno el trabajo marchó bien. Todo parecía ir viento en popa..., hasta que llegó el dragón.



En aquellos días los dragones comenzaban a escasear en la isla. Hacía muchos años que no se había visto ninguno en las zonas habitadas del reino de Augustus Bonifacius. Estaban, claro, las ignotas comarcas fronterizas y las montañas despobladas hacia el norte y el oeste, pero quedaban muy distantes. Allí había morado en otro tiempo cierto número de dragones de una u otra especie, que habían llevado a cabo profundas y extensas incursiones. Pero entonces el Reino Medio era famoso por el arrojo de los caballeros de su corte, y fueron tantos los dragones errantes a los que dieron muerte, o que huyeron con graves heridas, que los demás cesaron de merodear por aquellas rutas.

Todavía se conservaba la costumbre de servir al rey cola de dragón en el banquete de Navidad, y cada año se elegía un caballero que se encargaba de la caza. Debía salir el día de San Nicolás y regresar con una cola de dragón antes de la víspera de la celebración. Pero hacía ya muchos años que el cocinero real venía preparando un plato exquisito: una imitación de cola de dragón, hecha de hojaldre y pasta de almendras, con escamas bien simuladas de azúcar glaseado. El caballero elegido la presentaba luego en el salón del banquete, en Nochebuena, mientras tocaban los violines y sonaban las trompetas. La cola se servía como postre el día de Navidad, y todo el mundo comentaba (para complacer al cocinero) que sabía mucho mejor que la auténtica. Así estaban las cosas, cuando hizo su aparición un dragón de verdad. Casi toda la culpa era del gigante. Después de la aventura tomó por costumbre recorrer las montañas visitando a sus desperdigados parientes con mayor frecuencia de lo habitual, y mucha más de la que ellos apetecían. Porque siempre andaba buscando que le prestasen una olla grande de cobre. Pero lo consiguiese o no, acostumbraba sentarse y perorar en su cansino y pesado estilo sobre el excelente país que quedaba a cierta distancia al oriente y todas las maravillas del Ancho Mundo. Se le había metido en la cabeza que era un magnífico y osado explorador.

«Preciosas tierras», solía decir, «totalmente llanas, de suave andadura, y llenas de alimentos al alcance de la mano: ya sabéis, vacas y ovejas por todas partes, fáciles de ver, si uno mira con cuidado.»

«Y ¿cómo es la gente?», le preguntaban.

«Nunca vi a nadie», decía. «No vi ni oí a caballero alguno, muchachos. Lo peor son las picaduras de los insectos junto al río.»

«¿Y por qué no vuelves y te quedas allí?», le dijeron.

«¡Ah, bueno!, dicen que no hay nada como el hogar. Pero quizá vuelva algún día, si me da por ahí. En cualquier caso ya estuve una vez, que es más de lo que la mayoría puede decir. Y en cuanto a la olla...»

«Y esas tierras tan ricas», se apresuraban a interrumpirlo, «esas apetitosas regiones, llenas de un ganado que nadie vigila, ¿en dónde están?, ¿a qué distancia?»



«¡Oh!», contestaba, «allá por el este o sudeste. Pero es un largo camino». Y añadía una relación tan exagerada de la distancia que había recorrido, de los bosques, colinas y llanuras que había cruzado que ninguno de los otros gigantes de menor zancada se decidió nunca a emprender el viaje. A pesar de lo cual las habladurías se siguieron propalando.

Al cálido verano sucedió un invierno duro. En la Montaña el frío era gélido y escaseaba la comida. Los comentarios aumentaron. Se volvía una y otra vez sobre las ovejas de las tierras llanas y las vacas de los pastos bajos. Los dragones estiraban las orejas. Estaban hambrientos, y aquellos rumores resultaban atrayentes.

«¿Así que los caballeros son un mito?», decían los dragones más jóvenes y de menor experiencia.

«Siempre nos lo pareció.»

«Al menos deben de haber empezado a escasear», pensaron los más ancianos y sabios de la especie; «están lejos y son pocos, y ya no representan ningún peligro.»

Uno de los dragones se sintió profundamente interesado. Su nombre era Crisófilax Dives, pues era de linaje antiguo e imperial, y muy rico. Era astuto, inquisitivo, ambicioso y bien armado, aunque no temerario en exceso. Pero en cualquier caso no sentía ningún temor de moscas e insectos, cualquiera que fuese su clase o tamaño, y tenía un hambre de muerte.

De modo que un día de invierno, más o menos una semana antes de Navidad, Crisófilax desplegó sus alas y partió. Aterrizó con sigilo a media noche, justo en el corazón de los dominios de Augustus Bonifacius rex et basileus. En poco tiempo causó grandes daños: destrozó, quemó y devoró ovejas, reses y caballos.

Todo esto ocurría en una región alejada de Ham. Lo que no fue obstáculo para que Garm se llevara el mayor susto de su vida. Había emprendido una larga expedición y, aprovechándose de la buena disposición de su amo, se había aventurado a pasar una noche o dos lejos de casa. Estaba enfrascado siguiendo un rastro en la espesura del bosque cuando a la vuelta de un recodo percibió de súbito un nuevo y alarmante olor. Se topó, tropezó en realidad, con la cola de Crisófilax Dives, que acababa de aterrizar. Nunca un perro giró sobre su rabo y salió disparado hacia casa con mayor celeridad que Garm. El dragón oyó su aullido y se volvió rugiendo; pero Garm estaba ya lejos de su alcance. Corrió durante el resto de la noche y llegó a casa hacia la hora del desayuno.

«¡Socorro, socorro, socorro!», gritó desde la puerta trasera.

Egidio oyó los ladridos y no le gustaron. Le hicieron recordar que cuando todo va bien es cuando surgen los imprevistos.

«Mujer», dijo. «Haz entrar a ese maldito perro y dale de palos.»

Garm entró en la cocina hecho un ovillo y con la lengua fuera. «¡Socorro!», gritó.

«¿Qué has estado haciendo esta vez?», preguntó Egidio, que le arrojó una salchicha. «Nada», jadeó Garm, demasiado aturdido para reparar en la salchicha.

«Bueno, deja ya de ladrar, o te despellejo», dijo el granjero.

«No he hecho nada malo, no quería hacer ningún daño», dijo el perro, «pero me tropecé por casualidad con un dragón y me di un susto terrible.»

Al granjero se le atragantó la cerveza. «¿Dragón?», exclamó. «¡Maldito seas, inútil metomentodo! ¿Para qué necesitabas ir en busca de un dragón en esta época del año y cuando yo estoy tan ocupado? ¿Dónde fue?»

«¡Oh! Al norte de las colinas, muy lejos de aquí, más allá de los Menhires y toda aquella parte», dijo el perro.

«¡Ah, tan lejos!», dijo Egidio con profundo alivio. «He oído comentar que hay gente muy rara por aquellos lugares. Allí tenía que haber sido. Que se las arreglen como puedan. Deja de fastidiarme con tales historias. ¡Lárgate!»

Garm se marchó y comentó por todo el pueblo lo ocurrido. No se olvidó de mencionar que su amo no había mostrado el menor sobresalto. «Se quedó impertérrito y siguió con el desayuno.»

A la puerta de sus casas los vecinos lo comentaron con regocijo. «Como en las viejas épocas», decían. «Y justo cuando llega la Navidad. Tan a tiempo. ¡Qué contento se va a poner el rey! Estas fiestas tendrá en su mesa una cola auténtica.»

Pero al día siguiente llegaron más noticias. Parecía que el dragón era excepcionalmente grande y feroz. Estaba haciendo grandes estragos.

«¿Y los caballeros del rey?», comenzó a preguntarse la gente.

Otros se habían hecho ya la misma pregunta. Mensajeros de las villas más afectadas por la presencia de Crisófilax llegaban cada día ante el rey y preguntaban repetidamente y en el tono más elevado que su atrevimiento les permitía: «¿Qué es de vuestros caballeros, señor?».

Pero los caballeros no hacían nada. Oficialmente no sabían nada del dragón. Así que el rey tuvo que hacerles llegar de forma oficial la noticia y pedirles que pasasen a la acción tan pronto como lo juzgasen pertinente. Se vio desagradablemente sorprendido cuando comprendió que nunca les venía bien y que cada día posponían su intervención.

Sin embargo, las excusas de los caballeros eran bien convincentes. En primer lugar el cocinero real ya tenía preparada la cola de dragón para aquellas Navidades, pues era el tipo de persona que cree que las cosas han de hacerse con tiempo. No sería elegante ofenderlo presentándose en el último minuto con una cola auténtica. Era un servidor muy valioso.

«¡Dejad en paz la cola! ¡Cortadle la cabeza y terminad de una vez con él!», gritaban los mensajeros de los pueblos más afectados.

Pero aquí estaba ya la Navidad, y por desgracia había un gran torneo programado para el día de San Juan: se había invitado a caballeros de numerosos reinos, que acudían para competir por un valioso trofeo. De ninguna forma podía pensarse en desperdiciar las oportunidades de los caballeros del Reino Medio al enviar a los mejores hombres a cazar un dragón antes de que el torneo hubiese terminado.

Luego estaba la fiesta de Año Nuevo.

Pero cada noche el dragón se desplazaba, y cada desplazamiento lo acercaba más y más a Ham. La noche de Año Nuevo la gente pudo ver llamaradas a lo lejos. El dragón se había instalado como a unas diez millas en un bosque que ahora ardía a placer. Era un dragón fogoso cuando le venía en gana.

Después de aquello la gente comenzó a volver su mirada al granjero Egidio y a cuchichear a sus espaldas, cosa que le hacía sentirse muy molesto; con todo, simulaba no enterarse. A1 día siguiente el dragón se aproximó varias millas más. El mismo Egidio comenzó a criticar en voz alta el escándalo de los caballeros del rey.

«Me gustaría saber qué hacen para ganarse el pan», dijo.

«A nosotros también», dijeron todos en Ham.

Pero el molinero añadió: «Tengo entendido que a algunos aún los hacen caballeros por méritos propios. Después de todo, aquí nuestro buen Egidius es también en cierta forma un caballero. ¿Acaso no le envió el rey una carta con su sello y una espada?».

«Se necesita algo más que una espada para ser caballero», dijo Egidio. «Tienes que ser armado y todo eso, según tengo entendido. De cualquier modo, yo tengo mis propios asuntos que atender.»

«¡Oh!, pero seguro que el rey te armaría, si se lo pedimos», dijo el molinero. «Vamos a hacerlo antes de que sea demasiado tarde.»

«¡Ni hablar!», dijo Egidio. «La caballería no es para los de mi clase. Soy granjero y estoy muy ufano de serlo: un hombre sencillo y honrado, y los hombres honrados no hacen buen papel en la corte, dicen. Eso te va mejor a ti, maese molinero.»

El párroco se sonrió, aunque no por la contestación del granjero, porque él y el molinero siempre estaban devolviéndose las pullas como enconados enemigos que eran, según se decía en Ham. Lo había asaltado de repente una idea que lo entusiasmó. Pero de momento no dijo nada. El que no parecía tan entusiasmado era el molinero, que puso mal ceño.

«Simple, desde luego», dijo, «y honrado quizá. Pero ¿es preciso estar en la corte y ser caballero para matar un dragón? Valor es todo lo que se necesita, como ayer mismo se lo oí decir a maese Aegidius. ¿No os parece que él es tan valiente como cualquier caballero?»

Todos los presentes gritaron «¡por supuesto que no!» a la primera pregunta; y a la segunda, «¡claro que sí! ¡Tres hurras por el héroe de Ham!».

El granjero Egidio regresó a casa bastante inquieto. Se estaba dando cuenta de que cuando se alcanza cierta reputación, se hace preciso mantenerla, y que esto puede resultar incómodo. Dio una patada al perro y escondió la espada en un armario de la cocina. Hasta entonces había estado colgada sobre la chimenea.

Al día siguiente el dragón se dirigió hacia el vecino pueblo de Quercetum (Oakley en lengua vulgar). No sólo devoró ovejas, vacas y uno o dos niños de tierna edad, sino que se comió también al párroco. De forma harto imprudente el cura había intentado disuadirlo de seguir por los senderos del mal. Aquel suceso produjo una tremenda conmoción. Todos los habitantes de Ham, con su propio párroco a la cabeza, subieron a la colina y se presentaron ante el granjero Egidio.

«Dependemos de ti», dijeron; y se quedaron a su alrededor mirándolo hasta que la cara del granjero se puso más roja que su barba.

«¿Cuándo vas a entrar en acción?»

«Bueno, hoy no puedo hacer nada. Y no se hable más», dijo. «Tengo un trabajo enorme, porque está enfermo mi vaquerizo y... Ya veré.»

Se marcharon. Pero al atardecer corrió el rumor de que el dragón se encontraba incluso más cerca, así que todos volvieron.

«Dependemos de ti, maese Aegidius», dijeron.

«Ya, ya», les contestó. «En estos momentos me es prácticamente imposible. La yegua se ha mancado y las ovejas están ya en época de parir. Me ocuparé de ello en cuanto pueda.»

Así que se fueron de nuevo, no sin ciertos murmullos y cuchicheos. El molinero hacía bromas a su costa. El párroco se quedó y no hubo manera de des hacerse de él. Se invitó a

cenar y dejó caer algunas indirectas. Incluso quiso saber qué había sido de la espada e insistió en verla.

Yacía ésta sobre la balda de un armario en el que cabía con apreturas, y tan pronto como Egidio el granjero la sacó ella misma se desenvainó como un rayo, y el granjero dejó caer la vaina como si estuviera al rojo. El párroco se puso en pie de un salto, volcando la cerveza. Levantó con sumo cuidado la espada y trató de volverla a la funda, pero no llegaba a entrar ni un solo palmo: volvía a salirse limpiamente en cuanto apartaba la mano de la empuñadura.

«¡Dios mío! ¡Qué cosa más extraña!», dijo el párroco, y se puso a observar con detenimiento funda y hoja. Él era un hombre culto, mientras que el granjero sólo podía reconocer con dificultad las letras iniciales y no era capaz de leer con seguridad ni su propio nombre. Debido a ello, nunca había prestado atención a las extrañas letras que se podían apreciar borrosamente sobre la vaina y espada. Por lo que respecta al armero del rey, estaba tan acostumbrado a las runas, nombres y otros símbolos de poder y prestancia inscritos en las espadas y sus fundas que no se había preocupado mucho por ellas; en cualquier caso, pensó que era una antigualla.

Pero el párroco las contempló durante largo rato y arrugó el entrecejo. Verdad es que había esperado encontrar alguna inscripción en la espada o en la vaina, y en realidad ésta era la idea que se le había ocurrido el día anterior; mas ahora estaba sorprendido por lo que veía, porque eran letras y signos (ciertamente), aunque no podía entender ni jota.

«Hay una inscripción en la vaina y algunos signos... mmm... epigráficos pueden verse también sobre la hoja», dijo.

«¿De verdad?», dijo Egidio. «¿Y qué pueden significar?»

«Los caracteres son arcaicos y la lengua bárbara», dijo el párroco para ganar tiempo, «será necesario un estudio más detenido». Le rogó que le prestara aquella noche la espada, a lo que el granjero accedió encantado.

Cuando el párroco hubo regresado a casa, tomó de su biblioteca un montón de libros de consulta y se quedó trabajando durante buena parte de la noche. La mañana trajo la noticia de que el dragón se encontraba aún más cerca. Todos los vecinos de Ham echaron el cerrojo a sus puertas y cerraron las ventanas; y los que tenían bodegas bajaron a ellas y allí se quedaron sentados, temblando a la luz de las velas.

Pero el párroco se deslizó fuera y fue de puerta en puerta diciendo a todo el que quería oírlo a través de una rendija o del ojo de la cerradura lo que había descubierto en su estudio.

«Nuestro buen Aegidius», decía, «es ahora, por la gracia del rey, el poseedor de Caudimordax, la famosa espada que los romances populares casi siempre llaman Tajarrabos».

Los que oían este nombre abrían por lo general la puerta. Conocían la fama de Tajarrabos, pues aquella espada había pertenecido a Bellomarius, el más poderoso exterminador de dragones de todo el reino. Algunas crónicas lo consideraban tatarabuelo materno del rey. Eran innumerables las baladas y leyendas de sus hechos, que, aunque olvidados en la corte, aún se recordaban en las aldeas.

«Esta espada», dijo el párroco, «no puede permanecer enfundada mientras haya un dragón en un radio de cinco millas; y no hay duda de que, blandida por la mano de un valiente, ningún dragón podría resistírsele.»

La gente comenzó a recobrar los ánimos; algunos incluso abrieron las ventanas y asomaron la cabeza. Al final el párroco convenció a unos pocos para que se le uniesen; pero

sólo el molinero iba de verdad contento. Ver a Egidio metido en un buen aprieto compensaba, en su opinión, el riesgo.

Subieron la colina, no sin dirigir ansiosas miradas hacia el norte, más allá del río. No había señal del dragón. Probablemente estuviera durmiendo: se había estado hartando durante toda la Navidad.

El párroco (y el molinero) aporrearon la puerta del granjero. No hubo respuesta, así que aporrearon más fuerte. Por fin apareció Egidio, el rostro todo enrojecido. También él había pasado sentado gran parte de la noche, bebiendo una buena cantidad de cerveza; y continuó con ella tan pronto se levantó.

Todos se arracimaron a su alrededor, llamándole Buen Egidius, Osado Ahenobarbus, Gran Julius, Fiel Agrícola, orgullo de Ham, Héroe de la Región. Y hablaron de Caudimordax, de Tajarrabos, de la Espada Que No Se Podía Enfundar, muerte o Victoria, la Gloria de la Caballería Rural, la Espina Dorsal del País, Dechado de Ciudadanos, hasta que la cabeza del granjero se hizo irremisiblemente un lío.

«¡Basta ya! ¡De uno en uno!», dijo cuando tuvo oportunidad. «¿Qué significa todo esto? ¿Qué significa todo esto? Estoy muy ocupado, ¿entendéis?»

De modo que dejaron que el párroco explicara la situación. Entonces tuvo el molinero el placer de ver al granjero en el mayor apuro que podía desearle. Pero las cosas no salieron exactamente como esperaba. Por un lado, Egidio había trasegado un montón de cerveza; por otro, mostró un curioso sentido de orgullo y envalentonamiento cuando supo que, en realidad, su espada era Tajarrabos. En su niñez le habían gustado mucho las leyendas sobre Bellomarius, y antes de llegar a la madurez había deseado algunas veces poseer la espada maravillosa de un héroe. Se le ocurrió, pues, de improviso que podía blandir a Tajarrabos y salir a dar caza al dragón. Pero se había pasado toda la vida regateando, de modo que hizo un esfuerzo más para dar largas al asunto.

«¡Cómo!», dijo. «¿Yo cazando dragones? ¿Con estas calzas viejas y este chaleco? Los enfrentamientos con dragones precisan de algún tipo de armadura, según tengo entendido. En esta casa no hay ninguna. Y no hay más que hablar», dijo.

Todos estuvieron de acuerdo en que el caso era un tanto peliagudo; enviaron, pues, a buscar al herrero. El herrero movió la cabeza. Era un hombre lento, sombrío, al que apodaban Sam el Soleado, aunque su verdadero nombre era Fabricius Cunctator. Nunca silbaba mientras hacía su trabajo, a no ser que se hubiese producido un desastre después de que él lo hubiera predicho (una helada en mayo, por ejemplo). Como se pasaba el día entero anunciando catástrofes de todo tipo, pocas ocurrían sin que las hubiese anticipado; de forma que se apuntaba los aciertos. Era su mayor placer. Resultaba natural, por lo tanto, que se mostrase remiso a hacer nada que pudiera evitarlas. Volvió a mover la cabeza.

«No puedo hacer una armadura de la nada», dijo. «Y además no es mi especialidad. Es mejor que llaméis al carpintero y que le haga un escudo de madera. No es que le vaya a servir de mucho ante el fuego del dragón.»

Se les puso la cara larga; pero el molinero no era persona que abandonase fácilmente su plan de enviar a Egidio contra el dragón, si estaba dispuesto a ir; o bien, si al final se negaba, hacer estallar pompa de su reputación en la localidad. «¿Qué tal una cota de malla?», preguntó. «Siempre es una ayuda; y no necesita ser muy elegante; se trata de hacer un trabajo, no de exhibirse en la corte. ¿Qué fue de tu viejo jubón de cuero, amigo Agidius? En la fragua hay un montón de anillas y eslabones. Supongo que ni maese Fabricius sabe lo que hay por allí tirado.»

«No sabes lo que dices», dijo el herrero, animándose poco a poco. «Si en lo que piensas es en una auténtica cota de malla, entonces no hay nada que hacer; se necesita toda la

habilidad de los gnomos, cada anilla enlazada a otras cuatro, y todo eso. Incluso aunque yo fuera capaz de hacerlo, tendría que estar semanas trabajando. Y para entonces todos nosotros estaríamos ya en la fosa», dijo, «o cuando menos en la panza del dragón.»

Y mientras el herrero comenzaba a sonreír, los demás se retorcían las manos abatidos. Pero estaban ya tan asustados que no querían dejar de lado el plan del molinero, y se volvieron a él en busca de consejo.

«Bueno», dijo. «He oído que en otros tiempos los que no podían comprarse las brillantes corazas fabricadas en las Tierras del Sur solían coser sobre un jubón de cuero anillas de hierro, y se conformaban con eso. Veamos lo que se puede hacer en este sentido.»



Así que Egidio tuvo que desempolvar su viejo jubón, y al herrero se lo mandó a su fragua a toda prisa. Buscaron allí por todos los rincones y dieron vuelta al montón de chatarra, cosa que no se hacía en años. Al final encontraron, todo perdido de herrumbre, un buen número de pequeñas anillas desprendidas de alguna vieja cota, tal como las había descrito el herrero. Sam, más sombrío y disgustado a medida que la tarea parecía garantizar alguna esperanza, fue obligado a ponerse a trabajar en seguida, reuniendo, ordenando y limpiando las anillas; y cuando se vio con claridad que no eran suficientes para una persona tan ancha de pecho y espaldas como maese Aegidius, cosa que él hizo notar con satisfacción, le obligaron a deshacer viejas cadenas y convertirlos eslabones en anillas tan finas como dio de sí su habilidad con el martillo.

Tomaron luego las más pequeñas y las pusieron sobre el pecho del jubón, y situaron en la espalda las más gruesas y pesadas; finalmente, como aún se guían llegando anillas (tanto habían apremiado al pobre Sam), tomaron un par de calzones del granjero y también los cubrieron con ellas. Encaramado a una repisa, en un oscuro rincón de la herrería, el molinero encontró el viejo armazón de hierro de un yelmo y en el acto puso a trabajar al remendón del pueblo para que lo cubriese de cuero del mejor modo posible.

El trabajo les llevó lo que restaba de aquel día y todo el siguiente, que fue la víspera de Reyes o Epifanía, aunque no se hizo ningún caso de la fiesta. El granjero Egidio celebró la ocasión con más cerveza de la acostumbrada; pero el dragón, por fortuna, permaneció dormido. Por el momento había olvidado hambre y espadas.

El día de Epifanía, temprano, subieron la colina llevando el estrafalario resultado de aquel trabajo artesanal. Egidio estaba esperándolos. Ya no le que daban excusas que oponer; así que se colocó el jubón de malla y los calzones. El molinero soltó una risita. Egidio se calzó sus botas altas y unas viejas espuelas; y también el yelmo recubierto de cuero. Pero en el último momento colocó sobre el yelmo un viejo sombrero de fieltro, y echó sobre el jubón su amplia capa gris.

«¿Qué propósito tiene eso, maese?», le preguntaron.

«Bueno», dijo Egidio, «si pensáis que se puede salir a cazar dragones tintineando y repicando como las campanas de Canterbury, yo no estoy de acuerdo. No me parece lógico anunciar al dragón antes de tiempo que vas a su encuentro. Y un yelmo es un yelmo, una invitación al combate. Quizá si el reptil ve sólo mi viejo sombrero por encima del seto pueda acercarme más a él antes de que comiencen los problemas.»

Las anillas estaban cosidas de forma que la parte suelta de una montaba sobre la otra, y por supuesto tintineaban. La capa ayudó a amortiguar el ruido, pero el aspecto de Egidio era de lo más extravagante. Claro que no se lo dijeron. Le ciñeron con dificultad el cinturón y colgaron de él la vaina; aunque tuvo que llevar la espada en la mano, porque no se mantenía envainada si no se la agarraba con fuerza.

El granjero, que era un hombre justo hasta donde alcanzaban sus luces, llamó a Garm. «Chucho», dijo, «tú vienes conmigo.»

El perro aulló. «¡Socorro, socorro!», gritó.

«¡Calla ya!», ordenó Egidio, «o te lo haré pasar peor que a cualquier dragón. Conoces el olor de ese reptil y quizá por una vez resultes útil.»

Luego el granjero reclamó su yegua torda. Ésta le echó una mirada de asombro y bufó al ver las espuelas. Pero le permitió montar. Emprendieron la mar cha sin mucho entusiasmo, cruzaron la villa al trote, y todos los vecinos aplaudieron y los vitorearon, la mayoría desde las ventanas. El granjero y su yegua pusieron la mejor cara que pudieron; pero Garm no tenía sentido del ridículo e iba con el rabo entre las piernas.

A la salida del pueblo cruzaron el puente que atraviesa el río. Cuando por fin quedaron fuera de la vista de sus conciudadanos, acortaron el paso. Sin embargo, dejaron muy pronto atrás las tierras de Egidio el granjero y de los demás vecinos de Ham, y llegaron a parajes que el dragón ya había visitado. Había árboles tronchados, setos quemados, hierba chamuscada, y el silencio era inquietante y ominoso.

El sol brillaba con esplendor y a Egidio le hubiera gustado tener el valor suficiente para desprenderse de una prenda o dos y se preguntó si no había toma do algún trago de más.



«Bonito fin para la Navidad y demás», pensó. «Y tendré suerte si no supone mi propio final.» Se secó la cara con un pañolón verde, no rojo porque los trapos rojos enfurecen a los dragones, según había oído decir.

Pero no encontró al dragón. Recorrió muchos senderos, anchos y estrechos, y las tierras abandonadas de otros labradores, pero ni aun así encontró al dragón. Garm, por supuesto, no fue de ninguna utilidad. Se colocó justo detrás de la yegua y se negó a usar el hocico.

Llegaron por fin a un camino ondulado que había sufrido pocos daños y parecía tranquilo y apacible. Después de seguirlo casi una media milla, Egidio comenzó a preguntarse si no había cumplido ya con su deber y con todo lo que su reputación exigía. Acababa de decidir que ya había buscado durante un tiempo y espacio suficientes, y estaba pensando en volverse, ir a cenar y decir a sus amigos que el dragón había huido tan pronto

Librodot

como lo viera aparecer, cuando dobló un brusco recodo.

Allí estaba el dragón, tumbado, atravesado sobre un seto destrozado, y con la horrible cabeza en medio del sendero. «¡Socorro!», gritó Garm, y dio un bote. La yegua se sentó súbitamente sobre las ancas y Egidio el granjero salió lanzado de espaldas a la cuneta. Cuando levantó la cabeza, allí estaba el dragón, completamente despierto, mirándolo.

«Buenos días», dijo el dragón. «Parecéis sorprendido.»

«Buenos días», dijo Egidio. «Lo estoy.»

«Perdonad», dijo el dragón. Había alargado una suspicaz oreja cuando captó el tintineo de las anillas al caer Egidio. «Perdonad mi pregunta, pero ¿me buscáis a mí, por casualidad?»

«Ni mucho menos. ¡Quién iba a pensar en encontraros aquí!», replicó el granjero. «Sólo había salido a dar una vuelta.»

Se arrastró a toda prisa fuera de la cuneta y se acercó a la yegua torda, que ya se encontraba sobre sus cuatro patas y mordisqueaba algunos yerbajos a la orilla del camino, aparentando una total indiferencia.

«Entonces ha sido una suerte que nos hayamos encontrado», dijo el dragón. «Es un placer. Ropas de fiesta, supongo. ¿La última moda, quizá?» Egidio había perdido su sombrero de fieltro y la capa gris aparecía abierta; pero él la mostró con orgullo.

«Sí», dijo. «El último grito; pero voy a buscar al perro. Andará tras los conejos, casi seguro.»

«Lo dudo», dijo Crisófilax relamiéndose los labios (señal en él de regodeo). «Creo que llegará a casa bastante antes que vos. Pero, por favor, proseguid vuestro viaje, maese... veamos..., me parece que no conozco vuestro nombre.»

«Ni yo el vuestro», dijo Egidio. «Lo dejaremos así.»

«Como queráis», dijo Crisófilax relamiéndose de nuevo y simulando cerrarlos ojos. Tenía un corazón malvado (como todos los dragones) y no muy valeroso (cosa también frecuente). Prefería una comida por la que no tuviese que luchar; pero después de su largo sueño se le había abierto el apetito. El párroco de Oakley había resultado correoso, y hacía años que no había probado un hombre rollizo. Decidió degustar ahora este plato fácil y sólo aguardaba a que el pobre tonto se descuidase.

Si pero el pobre tonto no lo era tanto como parecía, y no apartó los ojos del dragón ni siquiera mientras intentaba montar. La yegua, sin embargo, tenía otras ideas, y coceó y respingó cuando Egidio trató de subir. El dragón se impacientaba, y se dispuso a saltar.

«Perdonad», siseó. «¿No se os ha caído algo?»

Un truco muy viejo, pero que dio resultado. Porque Egidio, ciertamente, había dejado caer algo. Cuando salió lanzado a la cuneta, soltó a Caudimordax (más conocida corno Tajarrabos), que yacía aún allí junto al camino. Se agachó para tomarla, y el dragón saltó. Pero no con la rapidez de Tajarrabos. Tan pronto se encontró en manos del granjero, se abalanzó con un relampagueo directo a los ojos del dragón.

«¡Eh!», dijo éste, parándose en seco, «¿qué tenéis ahí?».

«Sólo Tajarrabos, la espada que me regaló el rey», dijo Egidio.

«Ha sido culpa mía», dijo el dragón. «Os ruego me perdonéis.» Se echó y se revolcó en el suelo, mientras el granjero Egidio iba recuperando su seguridad. «Creo que no habéis sido muy sincero conmigo.»

«¿Cómo que no?», dijo Egidio. «Y además, ¿por qué tendría que serlo?»

«Me habéis ocultado vuestro ilustre nombre y tratasteis de hacerme creer que nuestro encuentro era casual. Está claro, sin embargo, que sois un caballero de alto linaje. En otros tiempos, señor, los caballeros acostumbraban lanzar un reto en casos como éste, después del pertinente intercambio de títulos y credenciales.»

«Quizá lo hacían, y quizá aún lo hagan», contestó Egidio, que empezaba a sentirse contento consigo mismo. A un hombre que ve un dragón de buen tamaño y noble casta humillado a sus pies se le puede excusar si se siente un tanto envanecido. «Pero estás cometiendo más de un error, viejo reptil. Yo no soy un caballero: soy Aegidius de Ham, granjero; y no puedo aguantar a los intrusos. Ya en ocasiones anteriores, y por menos daños de los que tú has causado, he disparado mi trabuco contra gigantes. Y no tengo por costumbre lanzar retos.»

El dragón se alteró. «¡Maldito sea aquel mentiroso gigante!», pensó. «Me ha engañado de la forma más simple. ¿Y qué demonios hace uno ahora con un aldeano atrevido y armado con una espada tan brillante y amenazadora?» No podía recordar precedentes de tal situación. «Me llamo Crisófilax», dijo, «Crisófilax el Rico. ¿Qué puedo hacer por vuestra señoría?», añadió en tono conciliador, con un ojo en la espada, e intentando evitar una confrontación.

«Podéis quitaros de en medio, viejo bicho cornudo», contestó Egidio, intentando también evitar la pelea. «Sólo quiero verme libre de vos. Salid inmediatamente de aquí, volved a vuestra sucia guarida.» Dio un paso hacia Crisófilax, girando los brazos como si tratase de espantar pajarracos.

Aquello fue suficiente para Tajarrabos. Trazó círculos relampagueantes en el aire, y luego descendió, alcanzando al dragón en la articulación del ala derecha con un golpe sonoro que lo sacudió de arriba abajo. Por supuesto, Egidio sabía muy poco acerca de los métodos más apropiados para matar dragones o hubiera dirigido la espada hacia un punto más sensible; pero Tajarrabos lo hizo lo mejor que pudo en manos inexpertas. Para Crisófilax fue más que suficiente: no podría usar el ala durante varios días. Se levantó e intentó volar, dándose cuenta de que no era capaz. El granjero saltó a lomos de la yegua. El dragón echó a correr. La yegua hizo lo propio. El dragón entró a galope en un campo, soplando y resoplando. También la yegua. El granjero voceaba y gritaba como si estuviera presenciando una carrera de caballos. Y mientras, continuaba blandiendo su Tajarrabos. Cuanto más corría el dragón, más aturdido se encontraba, y siempre la yegua torda, a toda rienda, pegada a él.

Allá se fueron, batiendo con sus cascos caminos y sendas, a través de las brechas de las vallas, cruzando numerosos campos y vadeando numerosos arroyos. El dragón soltaba humo y resoplaba, perdido todo sentido de orientación. Al cabo, se encontraron de pronto en el puente de Ham, lo cruzaron con el estruendo de un trueno y entraron rugiendo en la calle mayor del pueblo. Allí Garm tuvo la desvergüenza de deslizarse desde una calleja lateral y unirse a la caza.



Todo el mundo se encontraba en las ventanas o en los tejados. Algunos reían y otros lanzaban vítores; y algunos golpeaban latas y sartenes y cacerolas. Otros tocaban cuernos y gaitas y pitos. El párroco había ordenado voltear las campanas de la iglesia. No se había organizado en Ham otro pandemónium como aquél hacía cientos de años.

Justo a la puerta de la iglesia, el dragón se dio por vencido. Se tumbó resollando en

medio del camino. Garm llegó y le husmeó la cola, pero Crisófilax era ya incapaz de sentir vergüenza. «Buenas gentes y valiente guerrero», resopló cuando Egidio el granjero llegó a su altura y mientras los aldeanos se agrupaban a su alrededor (a una distancia prudencial) con horcas, estacas y atizadores en las manos.

«Buenas gentes, ¡no me matéis! Soy muy rico. Pagaré por todo el daño que haya hecho. Pagaré los funerales de todos los que haya matado, en particular el del párroco de Oakley. Tendrá un cenotafio regio, aunque era bastante delgado. A todos vosotros os regalaré una buena suma, si consentís en dejarme ir a casa a traerla.»

«¿Cuánto?», dijo el granjero.

«Bueno», dijo el dragón, intentando calcular con rapidez. Vio que la gente era mucha. «¿Treinta y ocho peniques cada uno?»

«¡Tonterías!», dijo Egidio. «¡Una porquería!», dijo la gente. «¡Carroña!», dijo el perro.

«¿Dos guineas de oro cada uno, y los niños la mitad?», dijo el dragón.

«Y para los perros ¿qué?», dijo Garm.

«¡Continuad!», dijo el granjero. «Somos todo oídos.»

«¿Diez libras y una bolsa de plata por vecino, y un collar de oro para los perros?», dijo Crisófilax con ansiedad.

«¡Mátalo!», gritó la gente, que comenzaba a impacientarse.

«¿Una bolsa de oro para cada uno y diamantes para las damas?», se apresuró a añadir Crisófilax.

Ahora empezáis a entrar en razón, aunque no del todo», dijo Egidio el granjero.

«Te has vuelto a olvidar de los perros», dijo Garm.

«¿Bolsas de qué tamaño?», dijeron los hombres.

«¿Cuántos diamantes?», preguntaron sus mujeres.

«¡Dios mío, Dios mío! ¡Será mi ruina!», gimió el dragón.

«¡Os lo merecéis!», dijo Egidio. «Podéis elegir entre quedar arruinado, o muerto donde estáis.» Blandió a Tajarrabos y el dragón se acobardó.

«¡Decídete!», gritó la gente, cada vez más atrevida y acercándose más.

Crisófilax disimuló; pero en su fuero interno soltó la risa: un espasmo silencioso que nadie percibió. El regateo había comenzado a divertirlo. Resultaba evidente que aquella gente quería obtener algo. Conocían muy poco los caminos del ancho y pérfido mundo; en realidad, no quedaba nadie con vida en todo el reino que tuviese una experiencia auténtica en el trato con los dragones y sus añagazas. Crisófilax estaba recuperando el aliento, y con él su sagacidad. Se pasó la lengua por los labios.

«¡Estipulad la cantidad vosotros mismos!», dijo.

Todos comenzaron a hablar a la vez. Crisófilax escuchaba con interés. Sólo una voz le inquietaba: la del herrero.

«¡Nada bueno saldrá de todo esto, recordad mis palabras!», decía. «Los reptiles jamás regresan, digáis lo que digáis. Pero en cualquier caso, de esto no puede salir nada bueno.»

«No entres en el trato, si no te gusta», le dijeron. Y así continuaron porfiando, sin hacer mayor caso del dragón.

Crisófilax levantó la cabeza; pero si había pensado saltar sobre ellos o escabullirse durante la discusión, se sintió defraudado. El granjero Egidio estaba junto a él, mordisqueando una paja y cavilando; pero con. Tajarrabos en la mano y sin quitarle ojo al dragón.

«¡Sigue echado donde estás!», dijo, «o recibirás tu merecido, haya o no haya oro.»

El dragón se aplastó contra el suelo. Por fin nombraron portavoz al párroco, quien se adelantó junto a Egidio. «Bestia vil», dijo, «debes traer hasta este lugar todas tus ilícitas riquezas, y después de compensar a todos aquellos a los que has hecho daño, nosotros nos repartiremos el resto equitativamente. Luego, si prometes solemnemente no volver a inquietar a nuestras tierras ni incitar a otro monstruo a molestarnos, te dejaremos regresar a casa con la cabeza y la cola íntegras. Y ahora harás juramentos tan solemnes de que vas a volver con el rescate que incluso la conciencia de un reptil se ha de sentir obligada a cumplirlos.»

Crisófilax aceptó, después de unas muestras convincentes de sentir dudas. Hasta, lamentando su ruina, derramó lágrimas ardientes, que formaron humeantes charcos en el suelo; pero no lograron conmover a nadie. Hizo numerosos juramentos, solemnes y sobrecogedores, de que regresaría con todas sus riquezas para la fiesta de San Hilario y San Félix. Lo que le concedía un plazo de ocho días, tiempo demasiado corto para el viaje, como incluso los legos en geografía podían haber comprendido. Sin embargo, le permitieron marchar y lo escoltaron hasta el puente.

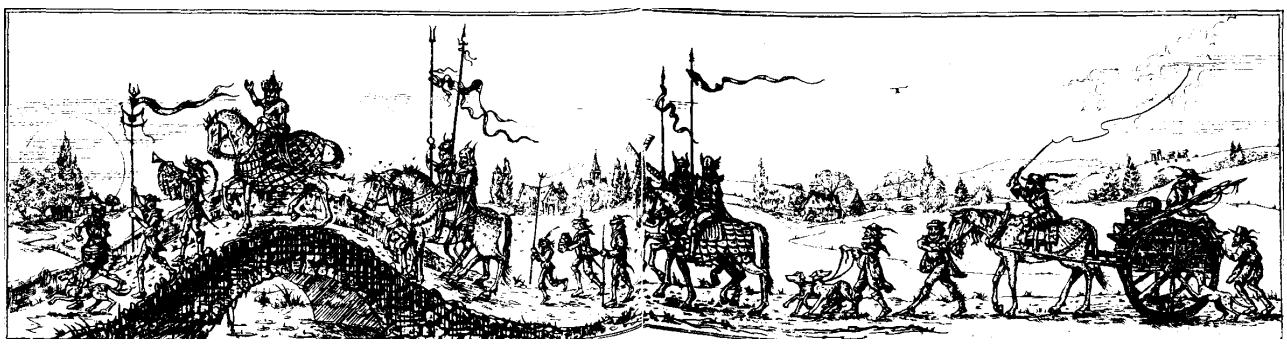
«Hasta nuestro próximo encuentro», dijo al cruzar el río. «Estoy seguro de que todos lo estaremos esperando con ansiedad.»

«Nosotros, desde luego, sí», le contestaron. Eran, a todas luces, unos estúpidos. Porque, aunque los compromisos que había contraído deberían haber lastrado su conciencia de remordimientos y de un gran temor a la desventura, él, ¡ay!, carecía en absoluto de conciencia. Y si falta tan lamentable en un ser de imperial linaje quedaba fuera de la comprensión de las mentes sencillas, al menos el párroco con toda su erudición debía haberla presumido. Quizá lo hizo. Era hombre de letras y podía, qué duda cabe, ver en el futuro con mayor profundidad que los demás.

El herrero movió la cabeza mientras regresaba a su herrería.

«Nombres de mal agüero», dijo. «Hilario y Félix. No me gusta cómo suenan.»

El rey, por supuesto, supo con prontitud las nuevas. Se esparcieron por el reino como el fuego y no disminuyeron precisamente mientras se propalaban. El rey se sintió profundamente conmovido por varias razones, de las que las financieras no eran las menores; y decidió personarse en seguida en el pueblo de Ham, donde tan extraordinarias cosas parecían suceder.



Llegó cuatro días después de la partida del dragón, cruzando el puente sobre su caballo blanco y acompañado de una multitud de cortesanos, heraldos y un enorme tren de equipaje. Los vecinos se habían puesto sus mejores ropas y se alineaban en la calle para darle la bienvenida. El cortejo hizo alto en el descampado existente frente a la entrada de la iglesia. Egidio el granjero se arrodilló ante el rey cuando fue presentado; pero el rey le ordenó levantarse, e incluso le dio unas palmaditas afectuosas en la espalda. Los caballeros simularon no darse cuenta de tal familiaridad.

El monarca ordenó que toda la gente acudiera al amplio pastizal que Egidio el granjero poseía junto al río; y cuando se hubieron reunido, incluso Garm, que también se sintió aludido, Augustus Bonifacius rex et Basileus tuvo a bien dirigirse a ellos.

Les explicó con sumo celo cómo todas las riquezas del malvado Crisófilax le pertenecían a él en calidad de señor de aquellas tierras. No hizo mucho hincapié en su pretensión al título de soberano de la región montañosa, pretensión objetable; en todo caso, «no nos cabe duda», dijo, «que todos los tesoros de ese reptil fueron arrebatados a nuestros antepasados. Pero somos, como todos sabéis, justos y generosos, y nuestro buen vasallo Aegidius recibirá una recompensa apropiada. Tampoco quedarán sin una muestra de nuestra estimación nuestros leales súbditos de estas tierras, desde el párroco hasta el niño más pequeño. Estamos muy complacidos con Ham. Aquí al menos el pueblo tenaz e incorruptible conserva todavía el antiguo valor de nuestra raza». Mientras el rey hablaba, sus caballeros comentaban la última moda en sombreros.

Los lugareños hicieron reverencias y cortesías, y le dieron las gracias con gran respeto. Pero en aquel momento todos deseaban haber cerrado el trato con el dragón en las diez libras y haber mantenido el asunto en silencio. Conocían al rey lo suficiente como para estar seguros de que, en el mejor de los casos, su estima no alcanzaría aquella cifra. Garm comprobó que no se había mencionado para nada a los perros. Egidio el granjero era el único que se sintió feliz de verdad. Estaba seguro de recibir alguna recompensa, y muy contento, ¡no faltaba más!, de haber salido con bien de un asunto tan feo y con su reputación más alta que nunca entre sus paisanos.



El rey no se marchó. Plantó sus reales en el campo de Egidio y se dispuso a esperar hasta el 14 de enero, intentando pasarlo lo mejor posible en aquel villorrio miserable alejado de la capital. Durante los tres días siguientes la comitiva real terminó con la casi totalidad del pan, mantequilla, huevos, pollos, tocino y cordero, y se bebió hasta la última gota de cerveza añeja que había en el lugar. Luego comenzaron a quejarse por la escasez de provisiones. El rey pagó con largueza por todo (en bonos que más tarde haría efectivos su Tesorería, que esperaba ver ricamente acrecentada en breve); así que la gente de Ham, que no conocía la verdadera situación de las arcas del Estado, estaba más que satisfecha.

Llegó el 14 de enero, festividad de San Hilario y San Félix, y todo el mundo estuvo despierto y preparado desde primeras horas. Los caballeros se revistieron de sus armaduras. El granjero se colocó la cota de malla artesana, y todos se sonrieron sin recato, hasta que vieron el ceño del rey. El

granjero se ciñó también a Tajarrabos, que entró en la vaina con toda facilidad y allí permaneció. El párroco se quedó mirando la espada, y movió imperceptiblemente la cabeza. El herrero rompió a reír.

Llegó el mediodía. La gente estaba demasiado ansiosa como para prestarle mucha atención a la comida. La tarde pasó lentamente. Y Tajarrabos seguía sin dar muestras de saltar de la funda. Ninguno de los vigías de la colina ni los muchachos que habían trepado a las copas de los árboles más altos fueron capaces de distinguir, ni por tierra ni por aire, señal alguna que anunciase el regreso del dragón.

El herrero se paseaba silbando; pero sólo cuando se echó la noche y salieron las estrellas el resto de los vecinos comenzó a sospechar que el dragón no tenía ninguna intención de volver. A pesar de todo, recordaban sus solemnes y extraordinarias promesas, y mantuvieron la esperanza. Sin embargo, cuando sonó la medianoche y concluyó el día señalado, su desengaño fue enorme. El herrero estaba encantado.

«Ya os lo advertí», dijo.

Pero no estaban aún convencidos.

«Después de todo, se encontraba muy malherido», dijeron algunos.

«No le dimos tiempo suficiente», dijeron otros. «Hay una distancia enorme hasta las montañas, y traerá un montón de cosas. Quizá haya tenido que ir a buscar ayuda.» Pasó el día siguiente, y el siguiente. El desencanto era general. El rey estaba rojo de ira. Se habían agotado vituallas y bebidas, y los caballeros murmuraban abiertamente. Estaban ansiosos de volver a los placeres de la corte. Pero el rey necesitaba dinero. Se despidió de sus leales súbditos, aunque con sequedad y despego; y canceló la mitad de los bonos de Tesorería. Con Egidio se mostró bastante frío, y lo despidió con una inclinación de cabeza. «Tendrás noticias nuestras más adelante», dijo; y partió a caballo con sus nobles y heraldos.

Los más crédulos y simples pensaron que pronto llegaría desde la corte un mensaje reclamando a maese Aegidius ante el rey para, por lo menos, armarlo caballero. Al cabo de una semana se recibió el mensaje, pero su contenido era muy otro. Había tres copias firmadas: una para Egidio, otra para el párroco, y otra para que se clavase en la puerta de la iglesia. Sólo la dirigida al párroco fue de alguna utilidad, porque la escritura usada en la corte era muy peculiar y tan incomprensible para los aldeanos de Ham como los libros en latín. Pero el párroco la vertió al lenguaje común y la leyó desde el púlpito. Era corta y directa (para ser una carta real); el soberano tenía prisa.

Nos, Augustus B. A. A. A. P. y M. rex et cetera haremos saber que hemos determinado, para seguridad de nuestros dominios, y para salvaguarda de nuestro honor, que el reptil o dragón que se nombra a sí mismo Crisáfilax el Rico debe ser encontrado y castigado convenientemente por su mala conducta, fechorías, felonías y sucio perjurio. Todos los caballeros a nuestro real servicio quedan, en consecuencia, obligados a armarse o estar prestos para esta empresa tan pronto romo maese Aegidius A. J. Agrícola llegue a nuestra corte. Otrosí, como el dicho Aegidíus se ha mostrado hombre fiel y muy capaz de enfrentarse a gigantes, dragones g otros enemigos de la paz del rey, le ordenamos, por tanto, que se ponga inmediatamente en camino y se una con toda presteza a nuestros caballeros

La gente comentó que esto suponía un gran honor y el paso previo a ser armado caballero. El molinero sentía envidia. «Nuestro amigo Aegidius está escalando posiciones», dijo. «Espero que nos conozca cuando vuelva.»

«Es posible que no vuelva nunca», dijo el herrero.

«Ya está bien, cara de penco», dijo Egidio el granjero completamente fuera de sí. «¡A la porra con los honores! Si regreso, incluso la compañía del molinero será bienvenida. Pero aun así produce cierto alivio pensar que voy a dejar de veros por algún tiempo.» Y con esto se apartó de ellos.

No se le pueden poner excusas al rey, como se hace con los vecinos; así que corderos o no corderos, arar o no arar, leche o agua, tuvo que montar en su yegua torda y emprender la marcha. El párroco acudió a despedirlo.

«Espero que lleves una soga fuerte», dijo.

«¿Para qué?», dijo Egidio. «¿Para ahorcarme con ella?»

«¡Vamos! ¡Ánimo, maese Aegidius!», dijo el párroco. «Creo que puedes confiar en la buena suerte que tienes. Pero lleva también una soga, porque puedes necesitarla, si no me engañan mis previsiones. Y ahora, ¡adiós y regresa con bien!»

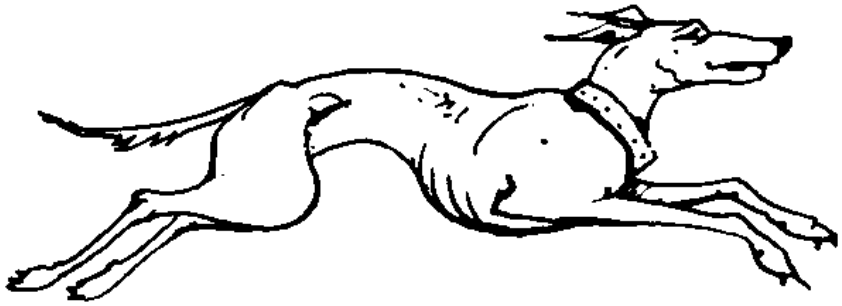
«¡Ya! Y volver y encontrar toda la casa y las tierras hechas un desastre. ¡Malditos dragones!», dijo Egidio. Luego, poniendo un gran rollo de cuerda en un fardel junto a la silla, montó y partió.

No se llevó el perro, que se había mantenido toda la mañana fuera de su vista. Pero en cuanto se hubo marchado, Garra se arrastró hasta la casa y se quedó allí, aullando y aullando toda la noche, a pesar de la tunda de palos que recibió.

«¡Ay, ay!», gritaba. «Nunca volveré a ver a mi querido amo. Y era tan terrible y magnífico... Me gustaría haberle acompañado, ¡vaya que sí!»

«¡cierra la boca!», dijo la mujer del granjero, «o no vivirás para comprobar si vuelve.»

El herrero oyó los aullidos. «Mal augurio», comentó complacido.



Pasaron muchos días y no hubo nada nuevo. «Cuando no hay noticias, malo», dijo, y se puso a cantar.

Egidio el granjero llegó a la corte cansado y cubierto de polvo. Pero los caballeros, con sus pulidas armaduras y luciendo brillantes yelmos, se encontraban ya junto a sus caballos. La llamada del rey al granjero y su inclusión en la expedición habían molestado a los nobles, que se empeñaron en cumplir literalmente las órdenes recibidas y ponerse en marcha en cuanto Egidio llegara. El pobre hombre apenas tuvo tiempo para engullir unas sopas de vino antes de encontrarse de nuevo en camino. La yegua se sintió ofendida. Por fortuna no pudo expresar lo que pensaba del rey, que era algo altamente ofensivo.

Estaba ya bien entrado el día. «Demasiado tarde para comenzar ahora la caza del dragón», pensó Egidio. Pero no fueron muy lejos. Los caballeros, una vez en camino, no mostraban ninguna prisa. Cabalgaban a su capricho, mezclados en desordenada hilera,

caballeros, escuderos, siervos y jamelgos cargados con el bagaje y Egidio el granjero arrastrándose detrás sobre su cansada yegua.

Cuando llegó el atardecer, hicieron alto y montaron las tiendas. Nadie había tenido en cuenta al granjero, por lo que tuvo que tomar prestado lo que pudo. La yegua estaba indignada y se retractó de su alianza con la casa de Augustus Bonifacius.

Al día siguiente cabalgaron durante toda la jornada. Al tercero percibieron en la distancia las inciertas e inhóspitas montañas. Al poco se encontraron en regiones en las que la soberanía de Augustus Bonifacius era poco más que nominal. Cabalgaron entonces con mayores precauciones, y se mantuvieron agrupados.

El cuarto día alcanzaron las Colinas Salvajes y los límites de las inquietantes tierras donde moraban, se decía, criaturas legendarias. De repente, uno de los que marchaban a la cabeza descubrió huellas ominosas sobre la arena, al lado de un riachuelo. Llamaron al granjero.

«¿De qué son, maese Agidius?», le preguntaron.

«Huellas de dragón», contestó.

«¡Ponte a la cabeza!», dijeron ellos.

Así que cabalgaron hacia el oeste con Egidio el granjero al frente, y todas las anillas iban sonando sobre su jubón de cuero. Claro que poco importaba, porque todos los caballeros marchaban hablando y riendo, y un juglar que con ellos iba entonaba una canción. De cuando en cuando se unían todos al estribillo, y lo cantaban juntos, muy alto y recio. Resultaba enardecedor, porque la canción era buena: había sido compuesta muchos años antes, en aquellos tiempos en que las batallas eran más frecuentes que los torneos. Pero era una imprudencia: todas las criaturas de la región se enteraron de su llegada y en todas las cavernas del oeste los dragones aguzaron las orejas. Ya no había ninguna posibilidad de sorprender al viejo Crisófilax dormitando.

Cuando fortuitamente (o porque le vino en gana), se encontraron por fin bajo la sombra misma de la oscura montaña, la yegua de Egidio el granjero se puso a cojear. Habían comenzado a cabalgar por senderos empinados y pedregosos, ascendiendo con trabajo y creciente inquietud. Poco a poco se fue quedando rezagada en la fila, tropezando y renqueando con un aspecto tan patético y triste que al fin Egidio se sintió obligado a descabalgar y seguir a pie. Pronto se encontraron los últimos, entre las acémilas; pero nadie se enteró. Los caballeros iban discutiendo aspectos de protocolo y etiqueta que absorbían su atención. De otra forma hubieran notado que las huellas de dragón eran ahora numerosas y patentes.

Habían llegado, en efecto, a los lugares que Crisófilax recorría con frecuencia o en los que descansaba después de su ejercicio diario al aire libre. Las colinas más bajas y los ribazos de ambos lados del camino aparecían pisoteados y requemados. Había muy poca hierba y los retorcidos muñones de brezos y aliagas destacaban ennegrecidos sobre amplias zonas de ceniza y tierra calcinada. Aquellos parajes habían sido durante muchos años el campo de esparcimiento del dragón. Sobre ellos se alzaba una oscura pared montañosa.

Egidio iba preocupado por su yegua; pero contento de la excusa que le proporcionaba para no continuar tan destacado. No le había complacido en absoluto encabezar semejante cabalgata en aquellos lugares amenazadores y hostiles. Poco después se sintió mucho más contento aún, y tuvo razones para dar gracias a su fortuna (y a su yegua). Porque justo hacia mediodía (era la fiesta de la Candelaria y el séptimo día de viaje) Tajarrabos saltó de la vaina y el dragón de su cubil.

Sin aviso ni formalidad alguna, avanzó reptando para presentar batalla. Se abalanzó rugiente sobre ellos. Lejos de sus dominios no se había mostrado demasiado valiente, a pesar

de su antiguo e imperial linaje. Pero ahora lo embargaba la ira, porque estaba luchando a las puertas mismas de su casa y en defensa de todos sus tesoros. Salió tras el reborde de una montaña como un torrente de rayos, con el estruendo de una galerna y una ráfaga de fuego relampagueante.



La discusión sobre el protocolo quedó cortada en seco. Todos los caballos se apartaron a uno u otro lado, y algunos de los jinetes acabaron desmontados. Las acémilas, la impedimenta y los siervos dieron media vuelta y salieron corriendo. Ellos no albergaban duda alguna sobre el orden de prioridad.

De pronto una nube de humo los envolvió a todos y desde su interior el dragón cargó contra la cabeza de la fila. Varios caballeros resultaron muertos, sin tener ocasión de poder lanzar un desafío formal. Y varios otros derribados con caballo y todo. En cuanto a los demás, sus corceles decidieron por ellos, dando media vuelta y saliendo disparados, llevándose a sus dueños de buen grado o por fuerza. Bien es cierto que la mayoría lo estaba deseando.

Pero la vieja yegua torda no se movió. Puede que temiera romperse las patas en el pedregoso y empinado sendero. Quizá se encontraba demasiado cansada para salir corriendo. Además estaba profundamente convencida de que un dragón, cuando utiliza las alas, es más peligroso detrás de ti que delante, y se necesitaba más velocidad que un caballo de carreras para que la huida tuviese éxito. Por otro lado, ella había visto a este Crisófilax en ocasiones anteriores y recordaba cómo lo había perseguido por los campos y el río, allá en su tierra, hasta que cayó dominado en la calle mayor del pueblo. De forma que afianzó bien las cuatro patas y soltó un bufido. Egidio el granjero estaba todo lo pálido que su tez le permitía, pero se mantuvo a su lado; no veía qué otra cosa podía hacer.

Y así sucedió que el dragón, al cargar línea abajo, se encontró de sopetón a su viejo enemigo con Tajarrabos en la mano. Aquello era lo último que esperaba. Se desvió a un lado, como un enorme murciélago, y se desplomó sobre el ribazo próximo al camino. Allí se presentó la yegua torda, olvidada casi de su cojera. Egidio, más envalentonado, se había encaramado a su lomo con toda premura.

«Perdonad», dijo, «pero, ¿estabais buscándome, por casualidad?»

«Ni mucho menos», dijo Crisófllax. «¡Quién iba a pensar en encontraros aquí! Sólo había salido a volar un rato.»

«Entonces ha sido nuestra buena suerte la que nos ha guiado», dijo Egidio. «Y es un placer para mí, porque yo sí os estaba buscando. Es más, tenemos un asuntillo pendiente; varios, para ser más precisos.»

El dragón pegó un bufido. Egidio levantó la mano para resguardarse del ardiente vapor, y con un destello Tajarrabos se proyectó hacia adelante, peligrosamente próxima al hocico del dragón Crisófilax.

«¡Eh!», gritó, dejando de resoplar. Comenzó a temblar, retrocedió y se le heló todo su fuego interior. «¿No habréis venido, supongo, a matarme, buen maese?», siseó.

«No, no», dijo el granjero. «Yo no he dicho nada de matar.» La yegua torda dio un respingo. «¿Qué hacéis, entonces, si me permitís la pregunta, con todos estos caballeros?», dijo Crisófilax. «Ellos siempre matan dragones, si no los matamos nosotros primero a ellos.»

«Yo no estoy haciendo nada ni tengo nada que ver con toda esa gente», dijo Egidio. «Y de todas formas, están ya todos muertos o en fuga. ¿Qué pasa con lo que prometisteis en Epifanía?»

«¿Qué de qué?», dijo Crisófilax con ansiedad.

«Lleváis casi un mes de retraso», dijo Egidio, «y el plazo está vencido. He venido a cobrar. Deberíais pedirme perdón por todas las molestias que he tenido que aguantar.»

«Desde luego, desde luego», dijo él. «Desearía que no os hubieseis molestado en venir.»

«Esta vez te costará hasta la última moneda, y sin trucos de mercachifle», dijo Egidio, «o morirás y yo colgaré tu piel de la torre de la iglesia para que sirva de escarmiento».

«¡Qué crueldad!», respondió el dragón.

«Un trato es un trato», dijo Egidio.

«¿No puedo quedarme con un anillo o dos y una pizca de oro por pagar en efectivo?»

«Ni un botón de hojalata», dijo Egidio. Y así estuvieron durante un rato, regateando y discutiendo como la gente en el mercado. Sin embargo, el final fue el que os habréis imaginado; porque, digan lo que digan, pocos habían conseguido engañar nunca a Egidio el granjero en un regateo.

El dragón se vio obligado a regresar a pie a su cubil, pues Egidio se puso a su costado, manteniendo muy cercana a Tajarrabos. El sendero, que zigzagueaba montaña arriba, era tan estrecho que apenas cabían los dos. La yegua subía justo detrás y parecía muy pensativa.

Eran cinco millas, todo un paseo de dura marcha. Y Egidio caminaba con esfuerzo, soplando y resoplando, pero sin quitarle ojo al dragón. Por fin llegaron a la boca de la cueva, en el lado oeste de la montaña. Era enorme, negra y amenazadora, y sus puertas de cobre giraban sobre grandes pilares de hierro. Era patente que en tiempos hacía mucho olvidados había sido una morada rica y ostentosa, pues los dragones no levantan tales construcciones ni cavan semejantes galerías, sino que habitan, cuando les es posible, en los mausoleos y criptas de señores poderosos y gigantes de antaño. Las puertas de esta profunda mansión se abrieron de par en par, y a su sombra hicieron alto. Hasta entonces Crisófilax no había tenido oportunidad de escapar, pero al verse a las puertas de casa dio un salto y se dispuso a precipitarse dentro.

Egidio el granjero lo golpeó de plano con la espada.

«¡Ojo!», le dijo. «Antes de que entres quiero decirte una cosa. Si no sales pronto y con algo que merezca la pena, entraré a buscarte y para empezar te cortaré la cola.»

La yegua dio un resoplido. No podía imaginarse a Egidio bajando solo a la madriguera de un dragón ni por todo el oro del mundo. Pero Crisófilax estaba dispuesto a creerlo a la vista del brillo y filo de Tajarrabos. Y es posible que tuviese razón, y que la yegua, con toda

su sabiduría, no hubiese comprendido aún la transformación de su amo. Egidio estaba ayudando a su propia suerte, y tras dos encuentros comenzaba a imaginarse que no había dragón capaz de hacerle frente.

Y bien, allí estaba Crisófilax otra vez al cabo de poquísimo tiempo, con veinte libras de a doce onzas en oro y plata y un cofre de anillos, collares y otras alhajas.

«Aquí está», dijo.

«¿Dónde?», inquirió Egidio. «Esto no es ni la mitad del pago, si es a lo que te refieres. Y juraría que tampoco la mitad de lo que posees.»

«¡No, no, por supuesto!», dijo el dragón, bastante inquieto al comprobar que el ingenio del granjero parecía haberse agudizado desde que se vieron en el pueblo. «¡Claro que no! Pero no puedo sacarlo todo de una vez.»

«Ni de dos, aseguraría yo», dijo Egidio. «Entra de nuevo, y vuelve rápido, o te haré probar el acero de Tajarrabos.»

«¡No!», protestó el dragón. Y se lanzó cueva adentro, volviendo a salir a toda velocidad.

«Aquí tenéis», dijo, colocando en el suelo una enorme cantidad de oro y dos cofres de diamantes.

«Ahora inténtalo otra vez», dijo el granjero. «Pero inténtalo con más ganas.»

«¡Qué crueldad, qué crueldad!», dijo el dragón mientras volvía al interior una vez más.

Para entonces la yegua torda comenzaba a mosquearse por su cuenta.

«¿Quién va a llevar a casa toda esa carga tan pesada, me pregunto yo?», pensaba. Y echó una mirada tan larga y triste a las talegas y cofres que el granjero adivinó su inquietud.

«No te preocupes, muchacha», dijo. «Obligaremos al viejo reptil a hacer el porte.»

«¡Piedad!», dijo el dragón, que había alcanzado a oír aquellas palabras cuando salía de la cueva por tercera vez, más cargado que nunca y con gran cantidad de ricas joyas semejantes a fuegos rojos y verdes. «¡Piedad! Llevar todo esto será mi muerte, y no podría cargar un solo fardo más así me matéis.»

«Entonces hay todavía más, ¿no es cierto?», dijo el granjero.

«Sí. Lo suficiente como para seguir viviendo con dignidad.» Por una vez, cosa extraordinaria, se acercaba a la verdad, y le resultó provechoso.

«Si me dejáis lo que queda», dijo con gran astucia, «seré siempre vuestro amigo. Y llevaré todo este tesoro a casa de vuestra señoría, y no a la del rey. Y lo que es más, os ayudaré a conservarlo.»

Sacó entonces el granjero un palillo de dientes con la mano izquierda, y se tomó un minuto de profunda reflexión. «¡De acuerdo!», dijo al fin, mostrando una discreción laudable. Un caballero se habría mantenido en sus trece para conseguir todo el botín, y lo hubiera logrado, aunque cargando además con una maldición. Era casi seguro que, si Egidio empujaba al reptil a la desesperación, éste se revolvería al final y presentaría batalla, con o sin Tajarrabos. En cuyo caso Egidio, de no resultar él mismo muerto, se vería obligado a matar a su hipotética acémila y dejar la mayor parte de sus ganancias en la montaña.

Bien, ya había tomado la decisión. El granjero se llenó los bolsillos de joyas, no fuese a salir algo mal, y colocó una pequeña carga sobre la yegua. Todo lo demás lo ató a la espalda de Crisófilax en cofres y talegas, hasta que éste pareció el carro de mudanzas de palacio. No había posibilidad de que se escapara volando, porque la carga era demasiado grande y Egidio le había amarrado las alas.

«Esta cuerda ha resultado ser extremadamente útil, en medio de todo», pensó, y se acordó con gratitud del párroco.



De modo que el dragón salió trotando entre soplido y resoplido, con la yegua pisándole los talones y el granjero enarbolando la brillante y amenazadora Tajarrabos. No se atrevió a intentar ningún truco.

A pesar de la carga, la yegua y el dragón fueron más veloces al regreso que la cabalgata a la venida. Porque Egidio el granjero tenía prisa (y no era la razón de menos peso que escasease la comida en sus alforjas). Tampoco confiaba mucho en Crisófilax, después de haber quebrantado juramentos y compromisos solemnes, y se preguntaba cuánto más podría avanzar de noche sin peligro de muerte o de pérdidas irreparables. Pero antes de que oscureciese la suerte lo favoreció una vez más, porque dieron alcance a media docena de siervos y acémilas que habían salido huyendo y ahora se encontraban perdidos en las Colinas Salvajes. Sorprendidos al verle, escaparon llenos de temor; pero Egidio los llamó a voces.

«¡Eh, muchachos!», dijo. «¡Volved! Tengo un trabajo para vosotros, y buenas soldadas mientras dure este viaje.» Entraron, pues, a su servicio, contentos de tener un guía y de que su sueldo llegase ahora con mayor regularidad de lo que había sido costumbre. A partir de entonces la cabalgata la formaron siete hombres, seis acémilas, una yegua y un dragón, y Egidio comenzó a sentirse como un lord y a hincharse como un pavo. Se detuvieron lo menos posible. Por la noche Egidio amarró el dragón a cuatro estacas, una para cada pata, y puso turnos de tres hombres que lo vigilasen. La yegua torda durmió con un ojo abierto, no fuera que los hombres intentasen por su cuenta algún truco.

Al cabo de tres días llegaron a los límites de su propio territorio, y su llegada causó un estupor y conmoción como pocas veces se había visto de costa a costa. En la primera aldea en que pararon les sirvieron comida y bebida gratis, y la mitad de los mozos quisieron unirse al cortejo. Egidio escogió una docena de jóvenes de buen porte. Les prometió sueldos saneados y les compró las mejores monturas que pudo encontrar. Comenzaba a pensar en el futuro.

Tras descansar allí un día, partió de nuevo seguido de su renovada escolta. Cabalgaban entonando canciones en su honor, que, aunque improvisadas, a él le sonaban a música

celestial. Algunas gentes lo aclamaban y otras se alborozaban. Era un espectáculo alegre y sorprendente a la vez.

Al poco, Egidio el granjero viró hacia el sur y puso rumbo a su casa sin llegarse a la corte ni enviar ningún mensaje. Pero la noticia del regreso de maese Agidius se extendió como un incendio bajo el viento del oeste, y causó gran sorpresa y confusión. Porque su llegada coincidió con los últimos ecos de un decreto real, que ordenaba a todas las villas y pueblos guardar luto por la pérdida de aquellos valientes caballeros en el paso de las montañas.

Por doquiera que Egidio iba se olvidaba el luto, se lanzaban las campanas al vuelo y la gente se agolpaba a la vera del camino, gritando y agitando gorros y pañuelos. Y abucheaban de tal forma al pobre dragón que empezó a arrepentirse del trato que había hecho. Aquello resultaba de lo más humillante para alguien de antiguo e imperial linaje. Cuando llegaron a Ham, todos los perros le ladraron con desprecio; todos menos Garm, que sólo tenía ojos, orejas y nariz para su amo. La verdad es que casi perdió la cabeza, e iba dando volteretas a todo lo largo de la calle.

Ham, por supuesto, deparó al granjero una bienvenida extraordinaria; pero probablemente nada le agradó más que encontrar al molinero sin una pulla que llevarse a la boca, y al herrero completamente desorientado.

«Aquí no se ha terminado todo. Recordad mis palabras», dijo. Pero no encontró nada peor que pronosticar y movió la cabeza con pesadumbre. Egidio, con sus seis hombres, la docena de garridos mozos, el dragón y demás, subió colina arriba y allí permaneció durante algún tiempo. Sólo el párroco recibió invitación para visitarlo en casa.

Pronto llegaron las noticias a la capital y la gente, olvidando el luto oficial e incluso sus propios quehaceres, se echó a la calle. Todo eran voces y algarabía.

El rey se encontraba en su mansión, mordiéndose las uñas y mesándose la barba. Entre el desconsuelo y la rabia (y la preocupación financiera) se había puesto de un humor tan negro que nadie se atrevía a hablarle. Por fin el jolgorio de la calle llegó a sus oídos. Aquello no sonaba a lamentaciones ni a llanto.

«¿A qué se debe todo ese ruido?», preguntó el rey. «Ordenad a la gente que se vaya a sus casas y que guarden decentemente el luto. Esto parece un mercado de aves.»

«El dragón ha vuelto, señor», le contestaron.

«¿Qué?», dijo el rey. «Reunid a todos los caballeros, o lo que quede de ellos.»

«No hay necesidad, milord», contestaron. «Con maese Aegidius a sus espaldas, el dragón es la docilidad misma. Por lo menos, así se nos ha informado. Las noticias acaban de llegar y son contradictorias.»

«¡Dios bendito!», dijo el rey, visiblemente aliviado. «Y pensar que habíamos ordenado celebrar pasado mañana un oficio fúnebre por ese individuo. ¡Que lo supriman! ¿Hay alguna noticia de nuestro tesoro?»

«Los informes hablan de una auténtica montaña, señor», contestaron.

«¿Cuándo llegará?», preguntó el rey con ansiedad. «Un buen hombre ese Aegidius ¡Pasadle a nuestra presencia en cuanto llegue!»

Se produjo una cierta demora a la hora de responder. Por último, alguien se armó de valor y dijo:

«Perdonad, señor, pero hemos oído que el granjero se ha desviado hacia su casa. Sin duda se apresurará a presentarse aquí tan pronto como se halle convenientemente ataviado.»

«Sin duda», dijo el rey. «Pero ¡mal haya su atuendo! No tenía excusa para irse a casa sin rendir cuentas. Estamos muy disgustados.»

La primera oportunidad llegó y pasó, al igual que muchas otras. De hecho, Egidio llevaba ya una semana larga en casa y la corte no había recibido aún noticias o mensajes suyos.

Al décimo día la ira del rey estalló. «¡Mandad traer a ese individuo!», dijo; y lo trajeron. Costaba un día de duro cabalgar llegar a Ham, y otro tanto volver.

«¡No quiere venir, señor!», anunció un tembloroso mensajero al cabo de dos días.

«¡Rayos del cielo!», tronó el rey. «¡Mandadle que se presente el próximo martes, o lo arrojaré en prisión de por vida!»

«Perdonad, señor, pero aun así se niega a venir», dijo un acongojadísimo mensajero tras regresar solo el martes.

«¡Diez mil truenos!», exclamó el rey. «¡Encerrad inmediatamente a ese individuo! Mandad ahora mismo a unos cuantos hombres para que traigan encadenado a ese patán», gritó a los que se encontraban a su alrededor.

«¿Cuántos...?», tartamudearon. «Está el dragón y... Tajarrabos y...»

«¡Y majaderías y bobadas!», dijo el rey. Luego mandó traer su caballo blanco, reunió a sus caballeros (o lo que quedaba de ellos) y una compañía de hombres de armas, y partió al galope con fiera rabia. Toda la gente salió de sus casas sorprendida.

Pero Egidio el granjero se había convertido en algo más que un héroe: era el ídolo local; y la gente no vitoreó al paso de los caballeros y hombres de armas, aunque aún se descubrieron ante el rey. A medida que se acercaban a Ham el ambiente se hacía más sombrío; en algunos pueblos los vecinos se encerraron en sus casas y no se dejaron ver.

Aquello transformó la ira ardiente del rey en fría cólera. Su aspecto era torvo cuando llegó al galope hasta el río tras el que se encontraban Ham y la casa del granjero. Había pensado poner fuego al lugar. Pero allí estaba Egidio el granjero, en el puente, sobre su yegua torda y con Tajarrabos al puño. No había nadie más a la vista, a excepción de Garm, echado sobre el camino.



«¡Buenos días, señor!», dijo Egidio, alegre como unas pascuas y sin esperar a que le dirigiesen la palabra.

El rey le lanzó una fría mirada. «Tus maneras no son las más apropiadas ante Nos», dijo, «pero eso no te excusa de presentarte cuando se te llama.»

«No pensaba hacerlo, señor. Eso es todo», dijo Egidio. «Tengo asuntos propios en los que ocuparme, y ya he desperdiciado mucho tiempo en vuestro servicio.»

«¡Diez mil truenos!», contestó el rey, otra vez rojo de ira. «¡Al demonio contigo y tu insolencia! Después de esto no obtendrás recompensa ninguna y serás muy afortunado si escapas a la horca. Porque te haré ahorcar a menos que supliques nuestro perdón aquí y ahora, y nos devuelvas la espada.»

«¿Cómo?», dijo Egidio. «Reconozco que ya he recibido mi premio. Lo que se da no se quita, decimos aquí. Y estoy seguro de que Tajarrabos está mejor en mis manos que en las de vuestra gente. Y, por cierto, ¿a qué se debe tanto caballero y soldado? Si venís de visita, con menos hubieseis

Librodot

sido bien recibidos. Si queréis llevarme, os harán falta muchos más».

El rey se sofocó; los caballeros se pusieron muy colorados y bajaron los ojos al suelo. Algunos de los hombres de armas que se encontraban a espaldas del monarca se permitieron una sonrisa.

«¡Dame mi espada!», gritó el rey, recuperando la voz, pero olvidando el plural mayestático.

«¡Dadnos vuestra corona!», dijo Egidio: una afirmación inusitada, como nunca hasta entonces se había oído en todos los días del Reino medio.

«¡Rayos del cielo! ¡Atrapadlo y atadlo!», gritó el rey justamente encolerizado por lo que había oído. «¿Qué esperáis? ¡Prendedlo o matadlo!» Los soldados avanzaron.

«¡Socorro, socorro, socorro!», aulló Garm.

Justo en aquel momento de debajo del puente asomó el dragón. Había permanecido sumergido, oculto en el extremo más lejano. A la sazón dejaba escapar un terrible chorro de vapor, pues había tragado muchos galones de agua. Inmediatamente se formó una densa niebla en la que sólo se veían los ojos rojos del dragón.

«¡Volved a casa, estúpidos», bramó, «o acabaré con vosotros! En el paso montañoso yacen fríos ya muchos caballeros, y pronto habrá más en el río. ¡Todos los corceles y hombres del rey!», rugió.

Entonces saltó hacia adelante y clavó su garra en la blanca montura del monarca, que salió galopando como los diez mil truenos que su amo mencionaba tan a menudo. Los otros caballos lo siguieron con la misma celeridad: algunos ya se las habían visto antes con el dragón y no guardaban buen recuerdo. Los hombres de armas se dispersaron como Dios les dio a entender en todas las direcciones menos la de Ham.

El caballo blanco, que sólo tenía algunos rasguños, no logró ir muy lejos. El rey lo obligó pronto a dar la vuelta. Todavía podía gobernar su caballo; y nadie iba a decir que temía a alguien en este mundo, hombre o dragón. Para cuando volvió, ya se había disipado la niebla, al igual que los caballeros y soldados. Ahora las cosas presentaban otro aspecto, con el rey completamente solo dirigiendo la palabra a un resuelto granjero, que para colmo contaba con Tajarrabos y el dragón.

Pero la entrevista no sirvió de nada. El granjero Egidio era obstinado. No estaba dispuesto a ceder, aunque tampoco a luchar, por más que el rey lo retó a combate singular allí y en aquel momento. «No, milord», dijo riéndose. «Volved a casa y calmaos. No quiero haceros daño, pero será mejor que os marchéis o no podré responder por el dragón. ¡Buenos días!»

Y así dio fin la Batalla del Puente de Ham. El rey no vio nunca ni un penique del tesoro ni recibió disculpa ninguna de Egidio el granjero, que comenzaba a tener un concepto más elevado de sí mismo. Lo que es más, desde aquel día terminó la influencia del Reino Medio en aquella zona. En un radio de muchas millas la gente aceptó a Egidio como señor. El rey, con todos sus títulos, no pudo conseguir ni un solo hombre que luchase contra el rebelde Agidius, que había pasado a ser el ídolo del país y protagonista de baladas; y resultó imposible silenciar todas las canciones que celebraban sus gestas. La preferida era aquella que recordaba, en cien pareados épico-cómicos, el encuentro sobre el puente.

Crisófilax permaneció largos años en Ham para beneficio de Egidio, porque todo el mundo respeta al que posee un dragón domesticado. Se le había acomodado, con permiso del párroco, en el granero de los diezmos, donde lo custodiaban los doce robustos jóvenes. De esta forma nació el primero de los títulos de Egidio: Dominus de Domito Serpente, que en

lengua vulgar quiere decir Señor del Reptil Domado. Como tal se le reconoció en muchos lugares; pero aún pagaba un tributo simbólico al rey: seis rabos de buey y un jarro de cerveza, que debía entregar el día de San Matías, aniversario del encuentro en el puente. Al poco, sin embargo, cambió el título de Señor por el de Conde, y el Condado del Reptil Domado fue en verdad muy extenso.

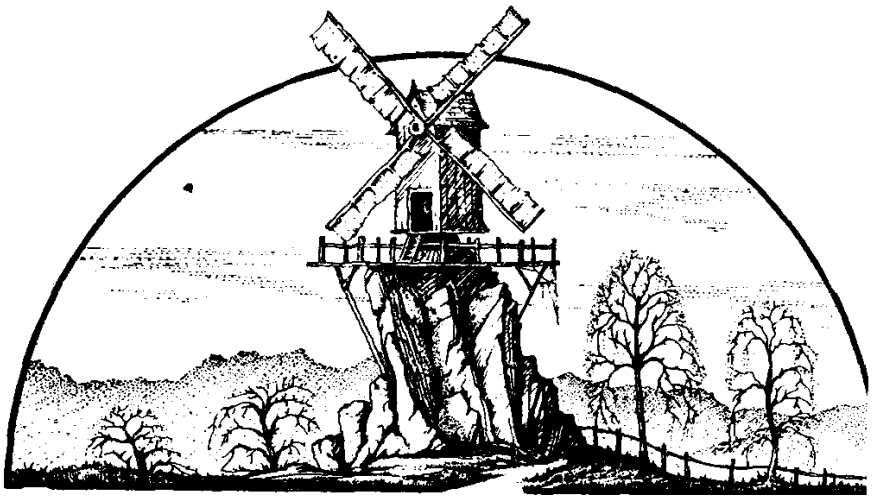
Después de algunos años se convirtió en el Príncipe Julius Aegidius y dejó de pagar el tributo. Porque Egidio, que era inmensamente rico, se había construido un palacio de gran magnificencia y había reunido un poderoso contingente de hombres de armas. Tenía una apariencia elegante y galana, ya que su atuendo era el mejor que podía encontrarse en el mercado. Cada uno de los doce garridos mozos ascendió a capitán. Garm tenía un collar de oro, y mientras vivió pudo vagar a sus anchas, feliz y orgulloso, e insufrible para sus congéneres. Esperaba que los demás perros le otorgasen el respeto que engendraba el temor y magnificencia de su amo. La yegua torda vivió en paz el resto de sus días, sin dejar nunca entrever sus pensamientos.

Por fin Egidio llegó a rey, por supuesto, rey del Pequeño Reino. Fue coronado en Ham con el nombre de Agidius Draconarius; pero se le conocía más bien como el Buen Egidio del Dragón. Como la lengua vernácula se puso de moda en la corte, no utilizó el latín en ninguno de sus discursos. Su mujer resultó una reina de amplio relieve y majestad, y llevó con mano firme la economía doméstica. No había modo de buscarle la vuelta a la Reina Águeda; y se comprende, si se tiene en cuenta el volumen de la dama.

Y así Egidio se hizo por fin viejo y venerable, con una barba blanca que le llegaba hasta los pies y una corte respetable (en la que el mérito con frecuencia recibía su recompensa) y una orden de caballería completamente nueva: los Guardianes del Dragón, con este animal por emblema. Los doce jóvenes garridos fueron los miembros fundadores.

Hay que admitir que en gran medida Egidio debió su engrandecimiento a la suerte, aunque también demostró sentido común a la hora de sacarle partido. Tanto la fortuna como el buen sentido lo acompañaron hasta el fin de sus días para cumplido beneficio de sus amigos y vecinos. Compensó con munificencia al párroco, e incluso el herrero y el molinero tuvieron su parte. Porque Egidio podía permitirse el lujo de ser generoso. Pero tan pronto como llegó a rey, dictó una ley severísima contra las profecías de mal agüero e hizo de la molienda un monopolio real. El herrero cambió su trabajo por el de enterrador, pero el molinero se convirtió en un obsequioso servidor de la Corona. El párroco llegó a obispo y estableció su sede en la iglesia de Ham, tras una adecuada ampliación.

Aquellos que viven todavía en las tierras del Pequeño Reino encontrarán en esta historia el verdadero origen de los nombres que algunas ciudades y pueblos tienen en nuestro tiempo. Pues los entendidos en estas materias nos informan que Ham, la ciudad principal del nuevo reino, a causa de una natural confusión entre el Señor de Ham y el Señor de Tame, fue al fin conocida por este último nombre, que retiene hasta el día de hoy; Thame sin una h es un error injustificable. Los Draconarü (guardianes del dragón) edificaron en honor de éste, origen de su fortuna y fama, una gran mansión a unas cuatro millas al oeste de Tame, sobre el lugar en que Egidio y Crisófilax se habían encontrado por primera vez. En todo el reino se conoció aquel lugar como Aula Draconaria, o en lengua vernácula Palacio del Dragón, en recuerdo del rey y su estandarte. La faz de la tierra ha cambiado desde entonces y han surgido y se han eclipsado muchos reinos; han caído los árboles y los ríos han modificado su curso; sólo quedan las montañas y aun éstas erosionadas por los vientos y las lluvias... Pero en los días de que habla esta historia el Palacio del Dragón fue Sede Real y el estandarte con su figura ondeaba sobre los árboles. Y la vida transcurrió allí alegre y feliz mientras Tajarrabos permaneció sobre la tierra.



Librodot



Epílogo

Una y otra vez Crisófilax pedía la libertad; y su alimentación resultaba demasiado costosa, ya que continuaba creciendo, pues los dragones lo hacen a lo largo de toda su vida, lo mismo que los árboles. Así que después de unos cuantos años, cuando Egidio ya se sintió seguro en el trono, dejó al pobre reptil volver a su casa. Se separaron con manifestaciones de mutua estima y un pacto de no agresión por ambas partes. En lo más negro de su corazón el dragón sentía por Egidio toda la simpatía que uno de su especie puede sentir hacia los demás. Después de todo estaba Tajarrabos. Podían haberle quitado la vida con facilidad, e incluso todo su botín. Porque resultaba que aún tenía un buen montón de riquezas en su cueva, como Egidio había sospechado.

Emprendió su vuelo de regreso hacia las montañas, lento y trabajoso, pues las alas se le habían entumecido con tan larga inactividad, y su tamaño y su caparazón habían crecido enormemente. Una vez en casa echó a la calle a un joven dragón que había tenido la temeridad de establecerse en ella mientras Crisófilax estaba fuera. Se cuenta que el fragor de la pelea se oyó por toda Venedotia. Cuando terminó de devorar con gran satisfacción a su derrotado oponente, se sintió mejor y se mitigaron las cicatrices de su humillación, y durmió durante un largo período. Despertó por fin súbitamente e inició la búsqueda del mayor y más estúpido de los gigantes, que había comenzado todo el asunto una noche de verano, hacía ya mucho tiempo. Le dijo lo que pensaba de él, y el pobre individuo se quedó todo apabullado.

«Un trabuco, ¿eh?», dijo rascándose la cabeza. «Yo creí que eran tábanos.»

Fin